CONTRAINVASION





eb
LA CONQUISTA DEL ESPACIO

GLENN PARRISH
CONTRAINVASION

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 58

Depósito Legal B 27.923 — 1971
Impreso en España — Printed in Spain
1° edición: setiembre, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1970

CAPITULO PRIMERO

Rodó por el suelo herboso y dio un par de volteretas, antes de detenerse, aturdido y medio ensordecido, en un lugar que le resultaba desconocido por completo. Stan Jarvis permaneció unos minutos así, en la misma posición, hasta que notó empezaba a recobrarse.

Entonces se irguió un poco y, apoyándose sobre una mano, miró a su alrededor. Lo malo era que la noche no permitía ver demasiadas cosas.

Creyó ver delante de él una especie de barrera de tierra y hierba. Se puso de rodillas y ya se iba a levantar, cuando percibió a lo lejos un extraño sonido.

Jarvis escuchó con atención. La locomotora silbó a gran distancia. Sin embargo, se acercaba rápidamente al lugar en que se encontraba.

El ojo luminoso del farol delantero traspasó las tinieblas. Jarvis se lanzó de bruces al suelo, escondiéndose tras unos altos matorrales. Una ráfaga de luz pasó cerca y brevemente.

El resoplar de la locomotora, los escapes de vapor y el golpeteo de las

bielas fueron sonidos que se produjeron en lo alto de la barrera, que no era, sino el terraplén de la línea ferroviaria. Mirando a través de los ramajes, Jarvis pudo contemplar el expreso nocturno, que se aproximaba a toda velocidad.

El convoy desfiló a cinco o seis metros de distancia y a otros tantos de altura, atronando la noche con el estrépito de sus vagones rodando a gran velocidad. Jarvis entrevió ventanas iluminadas y a gentes que reían y charlaban en el interior de los vagones.

La oscuridad y el silencio volvieron rápidamente. Jarvis quedó sólo en la llanura.

Una ráfaga de viento silbante hizo ondular las altas hierbas y acarició el rostro de Jarvis con perfume de flores silvestres. Se puso en pie y empezó a equiparse.

Muchas cosas le habían dicho de aquel país y las había tomado por exageraciones. El paso del expreso empezaba a hacer tambalear su escepticismo.

Se equipó rápidamente. Aquella indumentaria, pensó, era lo mejor. En aquel país tenía bastante éxito. Abarquilló las alas de su «Stetson» color gris perla y comprobó que la funda de su revólver estuviese bien colocada. El arma entraba y salía con facilidad.

Era un «Colt» 44 de seis tiros, modelo 2.100, con supercarga expansiva y triple alcance que los primitivos revólveres de 1860, provisto de escape de gases, a fin de evitar el salto del arma al disparar. El aspecto del «Colt» 2.100 era, sin embargo, idéntico al de los primitivos.

Jarvis quedó complacido de su aspecto: chaleco, camisa a cuadros, pañuelo al cuello, pantalones a rayas y botas de medio tacón, con grandes espuelas mexicanas. Por uno de los bolsillos del chaleco asomaba la chapita de la bolsa de tabaco.

Antes de emprender la marcha, sin embargo, decidió borrar las huellas de su estancia en aquel lugar. Sacó una diminuta linterna, no mayor que su dedo meñique, y exploró el suelo.

Perfecto, no había el menor rastro. El «transpositor» había funcionado correctamente, a la intensidad necesaria y ni un voltio de más. De haberse empleado un exceso de potencia, ahora habría en el suelo un círculo de hierbas abrasadas y hasta tierra calcinada, y no se advertía nada en absoluto.

— Qué país éste — se dijo, mientras iniciaba la marcha —. Mira que emplear ferrocarriles con locomotoras de vapor para sus viajes...

A media mañana, llegó a Gnovia, capital de Tsarapis Alfa. Nadie se fijó en él o, por lo menos, así se lo pareció.

* * *

Había hecho un alto en el camino para tomar un bocadillo, en un parador, situado no lejos de una magnetolínea, por donde pasaban los automóviles a tres y cuatrocientos kilómetros por hora, guiados cada uno por su onda particular. La comida en Tsarapis Alfa era pasable y nada cara.
Un amable conductor le llevó hasta la capital, dejándole en una calle céntrica. A Jarvis no le extrañó que el automovilista vistiese como un romano del siglo 1 terrestre; los tsarapianos gustaban de las indumentarias de épocas pasadas.
Paseó por las calles, de trazado audaz. Las mujeres, en especial las jóvenes, vestían sucintamente. Más de una le guiñó un ojo. Jarvis, sin embargo, no había ido a Tsarapis Alfa para correr una aventura amorosa, aunque no la desdeñaría, si se presentaba la ocasión.
De pronto, vio un cartel pegado en el muro. Un ojo enorme le miraba escrutadoramente.
Debajo, en caracteres tsarapianos, había una inscripción.
«¡Cuidado!» Los invasores están por todas partes. ¡Vigila! ¡Tsarapis Alfa para los tsarapianos!»
— Estúpido — masculló Jarvis entre dientes.
Hacía bastante calor. El buen clima de Tsarapis Alfa era proverbial.
Cerca de donde estaba había un bar. Entró contoneándose, haciendo sonar sus espuelas. Había bastante gente. Tsarapis Alfa era un mundo feliz, en el que bastaban dos jornadas de siete horas cada una para cumplir el trabajo de una semana.
Las indumentarias eran muy dispares. A los tsarapianos les gustaban los ropajes terrestres. Abundaban, sin embargo, los de corte clásico: romano y griego. No faltaban un par de pieles rojas y hasta había una chica demasiado osada que vestía como una dama de la Edad Media, con su caperuza de tules. La falda, sin embargo, era cortísima. La chica tenía unas piernas que no podían permanecer ocultas.
Jarvis pidió un doble. El camarero, vestido como un tirolés, se lo sirvió.
El rumor de las conversaciones era continuo.
Aguzó el oído. Se hablaba, cómo no, de los invasores.
Jarvis rió para sí. «Si estos tontos supieran que yo soy uno de esos invasores... »
Pero no le encontrarían. Todo, documentos y falsa personalidad y, por supuesto, la moneda tsarapiana, estaba perfectamente falsificada y él se había impuesto por completo de su nueva personalidad. Prácticamente, sólo le faltaba dar con el jefe de las fuerzas de invasión, a fin de recibir instrucciones.
«Tsarapis Alfa será nuestro algún día», se dijo, henchido de orgullo.
Abonó la consumición, con un par de discos. La palabra tsarapiana que designaba la unidad de moneda se traducía al terrestre más o menos por la palabra disco. El vino era muy bueno, flojo, pero de un

gusto exquisito.
Lió un cigarrillo diestramente, contemplado por algunos nativos con cierta envidia. Encendió el fósforo con un seco golpe de la uña del pulgar y prendió el cigarrillo.
Inhaló el humo y lo dejó ir por boca y narices. Luego se encaminó hacia la salida.
En la mente llevaba grabada la dirección de la persona a quien debía visitar. Se preguntó cuál sería la misión que debía ejecutar en Tsarapis Alfa.
En la JIP no habían querido decírselo. «Para evitar compromisos si, lo que no es probable, le atrapasen. Ya se lo indicarán cuando llegue a Tsarapis Alfa», le habían dicho. Bien, no tenía prisa en empezar a actuar.
Salió a la calle. Dos hombres uniformados le cerraron de pronto el paso.
Jarvis se fijó en el gran rombo amarillo que ambos llevaban sobre el pecho, en el centro. Había cuatro letras, que le habían enseñado a temer: CIDI, y significaban: Centro de Investigación y Detección de Invasores.
— Documentación — exigió secamente uno de los guardias.
Jarvis no se inmutó. Sacó del bolsillo su billetera y se la tendió al agente.
— Es falsa — dictaminó el tsarapiano instantáneamente. Jarvis procuró mantener la calma.
— Creo que se equivoca, amigo — contestó —. Ahí constan mi verdadero nombre y dirección, así como mi oficio. Puedo indicarle una serie de personas que responderán por mí...
— Sí, indicará esa serie de personas — habló el otro policía —. Dirá sus nombres y los detendremos también, acusados de invasión ilegal.
Jarvis frunció el ceño.
— Sigo sin entender — dijo secamente.
El primer policía sonrió de un modo extraño.
— Amigo, su.«transpositor» no ha funcionado bien del todo y ha dejado un rastro, que nos ha llevado hasta usted. Las pruebas del delito son contundentes.
Jarvis se quedó con la boca abierta.
—¡Pero eso es imposible! — protestó.
— Terrestre, nuestros métodos de detección son cada vez más perfectos — declaró el policía —. En un viaje ordinario, quizá usted hubiera podido pasar desapercibido. Usar el «transpositor» va a ser su perdición.
Jarvis miró a los dos hombres. La desesperación invadió su ánimo.
«¿Quién le había mandado a aquella emboscada?», se preguntó.
Sería juzgado y condenado. La ejecución no se haría esperar; los

tsarapianos no solían andarse con bromas con los invasores.
Dio un paso hacia atrás. Le habían enseñado a usar el revólver.
Pero los policías estaban ya prevenidos y sus armas no eran peores.
El jefe de la pareja desenfundó velozmente y disparó.
Jarvis dio un tremendo salto en el aire y cayó muerto. La multitud se arremolinó en torno a su cadáver.
—¿Quién era? — preguntaron varios.
—¡Bah, un invasor! —¿Está muerto? — Como la abuela de mi abuela.
— A ver si barren de una vez a esos malditos invasores. ¿Es que no tienen bastante con su condenado planeta?

CAPITULO II

La máquina mensajera tableteó bruscamente.
Hayo Wellir estaba repasando unos microfilmes, que contemplaba en la pantalla de un proyector, situado sobre la mesa. Paró la proyección y tiró de la cinta que salía de la mensajera.
Leyó:
«Localizado invasor en Calle 92, a la altura del número 3.771. Muerto al intentar resistirse al arresto. Se solicitan instrucciones respecto de su cadáver. Fin.»
Wellir tomó un micrófono y dictó:
— Devolver cuerpo a su punto de origen. Eso es todo.
En algún lugar, una mensajera traduciría sus palabras en signos gráficos. Wellir cerró el micrófono y se desentendió del asunto.
— Estos condenados terrestres...
— fue todo lo que dijo.
Continuó la proyección de los documentos. Una hora después, su secretario le anunció una visita:
— Señor, la duquesa Smara Junz desea visitarle. Wellir enarcó las cejas.
—¿La duquesa Smara, ha dicho? — Sí, señor. Dice que es urgente y...
— Está bien, que espere solamente dos minutos. Luego hágala pasar.
Wellir reflexionó unos instantes, apartada su mente de los documentos que examinaba hasta hacía poco. Smara Junz, una mujer bellísima y enigmática, pensó. Origen terrestre, pero nacida en Tsarapis Alfa. Inmensamente rica, una de las primeras fortunas del planeta. Excéntrica chiflada decían otros.
Las malas lenguas anotaban en su «haber» siete suicidios de otros tantos galanes desdeñados por ella. Había estado a punto de casarse cinco veces. Cinco veces había roto el compromiso, dos de ellas en la misma ceremonia.
Por supuesto, los pretendientes burlados habían sido indemnizados con largueza. A Smara no le dolía el dinero. Sus fábricas de alimentos

eran otras tantas fábricas de moneda.
«¿Para qué diablos vendrá a ver a un modesto funcionario del CIDI?», se preguntó.
La puerta se abrió de repente.
— Señor — anunció el secretario —, la duquesa Smara. Wellir se puso en pie. Smara avanzó sonriente hacia él.
— Le ruego me disculpe por interrumpirle su importante trabajo, señor Wellir — dijo la hermosa visitante —, pero, en realidad, no podía demorar más la entrevista.
Wellir contempló a la joven. Era más alta y aún más hermosa de lo que había calculado. El vestido que llevaba, de auténticos hilos de oro, de grosor no superior a una centésima de milímetro, era de una audacia mesurada, confeccionado exclusivamente para hacer resaltar la escultórica anatomía de la mujer.
— Siéntese, por favor, señora — dijo —. Y permítame que le exprese mi placer y el honor que siento por recibirla.
— Es usted muy amable, señor Wellir — contestó Smara. Cruzó las bien torneadas piernas y le miró fijamente —. Sin duda estará preguntándose por qué diablos viene a verle una mujer que, además de la fama de rica y ociosa, tiene la de chiflada.
Wellir emitió una risita de circunstancias.
— Es usted muy injusta consigo misma, duquesa — dijo.
— Oh, no hago más que repetir los comentarios que se formulan sobre mí constantemente. En realidad, son bastante ciertos.
— Tal vez, pero nadie podrá negar que su belleza está fuera de toda discusión.
— Lo admito — rió Smara —. Me veo al espejo todas las mañanas.
Wellir suspiró.
— Afortunado espejo — exclamó —. ¿Y bien, duquesa? — Señor Wellir, usted es secretario del CIDI — dijo Smara.
— Tercer secretario — puntualizó él.
— Pero con carácter de ejecutivo.
— Mis atribuciones están limitadas, duquesa.
—¿Tan limitadas que no le permitan aceptar a un agente más en su Centro?
Wellir miró de hito en hito a su bella visitante.
—¿Viene a recomendarme a algún conocido suyo? — inquirió.
— No. Vengo a recomendarme a mí misma.
—¡Usted! — exclamó Wellir, sin poder contenerse.
— Sí. ¿De qué se extraña? ¿Acaso no tienen agentes femeninos en el Centro?
— Por supuesto, pero...
— Ah, ya, piensa que es una de mis nuevas chifladuras. Ya no sé qué hacer ni en qué entretenerme y, para pasar mejor el tiempo, he

decidido convertirme en agente del CIDI. ¿No es eso lo que está pensando, señor Wellir?
— Bien, duquesa, el caso es que yo... ¿Por qué quiere ser agente de la contrainvasión?, como se denomina por ahí popularmente nuestro Centro.
— Soy tsarapiana, señor Wellir.
— Esa no es explicación suficiente. En Tsarapis Alfa viven miles de millones de personas y no todos quieren ser agentes de nuestro organismo.
— Pero yo sí — insistió Smara —. Y creo que haría un buen papel en el Centro, modestia aparte.
—¿Conoce usted a algún invasor?
— Es probable — contestó Smara con voluble acento. Wellir sonrió.
— Ya sé — dijo —. Usted quiere darse el gusto de desenmascarar a ese invasor, para que se vuelva a pronunciar su' nombre y su imagen se proyecte en todas las pantallas. Hace algún tiempo que no se menciona demasiado a la duquesa Smara Junz, ¿verdad?
Ella se puso en pie, pálida de indignación.
— No he venido aquí a escuchar insultos, señor Wellir — exclamó.
— Me gusta hablar claro en todo momento, duquesa — dijo él fríamente —. Lo siento, su petición queda rechazada.
— Hay otras personas de rango superior al suyo, señor Wellir.
— Entonces, ¿por qué ha venido a verme?
— Usted es el encargado de la recluta de agentes...
— Está equivocada, duquesa. Mi sección se encarga de recepción y clasificación de informes.
— Oh — dijo Smara —. Entonces, he sufrido un error.
— Del cual me felicito, porque así he tenido ocasión de contemplarla al natural — sonrió Wellir —. ¿Puedo serle útil en alguna otra cosa más, duquesa?
— Nada, muchas gracias — respondió ella secamente —. Señor Wellir, estimaré acepte mis excusas por haberle hecho perder el tiempo. A pesar de todo, ha sido un placer conocerle.
Wellir hizo una inclinación de cabeza. Smara dio media vuelta y se alejó hacia la puerta con vivo taconeo. Wellir se quedó solo. Permaneció reflexionando durante unos momentos y luego tocó una palanquita.
Un interfono funcionó en el acto.
—¿Wellir? — dijo, una voz.
— Sí, jefe. Me ha sucedido una cosa curiosa.
—¿De qué se trata, Wellir? — preguntó el director del CIDI.
— La duquesa Smara Junz, señor. Ha venido a mi despacho, pidiéndome una plaza de agente.
— Vaya, ¿qué tripa se le ha roto a esa loca?

— Eso es lo que yo me digo, no sé por qué, me parece que no he obrado bien al rechazarla, Le he dicho que mi sección no recluta agentes, lo cual es cierto; pero he callado que, si lo estimo conveniente, puedo nombrar a la persona que yo estimo idónea para el cargo.

—¿Y...?

— Bueno, una mujer como la duquesa Smara resultaría bastante útil. Tiene muchos conocimientos... y quizá podríamos lograr algo interesante.

— Es posible — convino el director —. De todas formas, la decisión queda en sus manos, Wellir.

— Gracias, jefe. Si no le importa, yo mismo haré una discreta investigación sobre la duquesa. No debemos olvidar que su madre era terrestre.

— Eso sí es cierto. Bien, téngame informado de los resultados, Wellir.

— Se lo prometo, señor.

Wellir cortó la comunicación. Una ligera sonrisa se formó en sus labios.

—¿Por qué no probar? — preguntó.

* * *

— El cadáver de un hombre llamado Stan Jarvis, ha sido hallado a orillas del Ródano, a pocos kilómetros del mar — leyó Ben Ormez —. Jarvis vestía con la indumentaria propia de los cowboys de finales del siglo XIX y, según la autopsia, había muerto a consecuencia de un disparo de arma de fuego...

—¡Basta, basta! — cortó el general Hi-Han —. Basta o me dará un ataque de nervios.

Ormez miró a su gigantesco jefe, un hombre de ciento veinte kilos de peso y tórax de barril. La cabeza del general estaba completamente afeitada, a excepción de un mechón de pelo en la coronilla. Hi-Han no quería que nadie ignorase su origen mongol.

— Lo sorprendieron, señor — dijo Ormez tristemente.

—¿Cuántos agentes hemos perdido ya, Ben? — preguntó Hi-Han.

— Siete en diecinueve meses, señor. Todos han sido localizados a las pocas horas de su llegada a Tsarapis Alfa.

— Y ninguno ha podido contactar con el jefe, para desarrollar la segunda fase — masculló el general —. ¿Cómo diablos lo habrán detectado?

Ormez se encogió de hombros.

— Tal vez un deficiente funcionamiento del «transpositor» — sugirió.

— No, no, en absoluto, Ben. Los «transpositores» funcionan cada día mejor. Eso es imposible.

— Entonces, es que ellos tienen cada vez mejores detectores, mi general.
— Eso ya es más probable — admitió Hi-Han —. Pero, bueno, si no podemos consumar la invasión de Tsarapis Alfa de una manera, lo haremos de otra. Emplearemos los planes «Rayo Fulminador» y «S.D.». El primero irá dirigido contra los altos cargos tsarapianos. El segundo, contra la masa de la población, ¿entendido?
— Sí, señor. ¿Quién se encarga del plan «Rayo Fulminador»?
Hi-Han escribió algo sobre un papel.
— Llame a este número. Le contestará una mujer. Dígale que el reloj de su esposo está ya reparado y que puede enviar a recogerlo cuanto antes. El precio de la reparación es de diez créditos. ¿Entendido, Ben?
— Sí, mi general.

CAPITULO 111

El hombre era alto, delgado, de ojos claros y cara inexpresiva. Rechazó la copa que le ofrecían y no quiso fumar tampoco.
—¿Cuál es el precio, general? — preguntó Lon Turc.
— Diez millones.
— No está mal. ¿Qué se exigirá de mí? Hi-Han tendió un papel a su frío visitante.
— Ahí tiene una lista. Apréndasela de memoria antes de una hora. Pasados sesenta minutos, el papel arderá por sí solo.
Turc tomó el papel. Sus cejas se arquearon por un instante, pero no tardó en volver a su expresión de habitual impasibilidad.
— Peces muy gordos — calificó.
— Sí — admitió Hi-Han sin pestañear.
— De acuerdo. Se hará.
—¿Qué arma piensa emplear, Turc? — Fusil extratemporal.
— Peligroso, ¿no?
Turc soltó una risita.
— Es prácticamente imposible de localizar, y aunque se consiguiera, nadie se atrevería a disparar contra el tirador. Usted ya sabe lo que ocurriría.
— Sí, desde luego. Espero que no se tropiece con un ignorante, Turc.
— No suelo tratar con zoquetes — dijo el asesino profesional desdeñosamente —. Bien, cuente con un trabajo bien hecho.
— Eso espero, Ture. Ah, haga el viaje ordinariamente, como un turista más.
— Por supuesto.
El asesino salió. Ormez sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente.
— Ese hombre me da miedo — confesó. Hi-Han torció el gesto.
—¿Cree que me gusta a mí más que a usted emplearlo para llevar

adelante nuestros planes? Pero no tenemos otro remedio que hacerlo, si queremos consumar la invasión de Tsarapis Alfa.
— Sí, señor.
— Ah, ya hemos puesto en marcha el plan «Rayo Fulminador», Ahora falta echar a andar el plan «S.D.».
— Sección de Desmoralización — sonrió Ormez.
— Justamente, pero de eso se encargará el comandante de las fuerzas de invasión en Tsarapis. Ya le he enviado un mensaje, Ben.
— Perfectamente, señor. ¿Algo más? Hi-Han hizo un gesto negativo.
— No — contestó —. Por ahora, sólo nos queda esperar, cruzados de brazos, a recibir noticias.
—¡Ojalá sean buenas! — suspiró Ormez.
Hayo Wellir desconectó el mando de conducción magnética y su automóvil empezó a separarse de la magnetopista, reduciendo lentamente su velocidad. Cinco kilómetros más adelante, a sesenta moderados kilómetros por hora, rodó bajo un frondoso túnel de árboles, hacia la quinta de recreo que se alzaba en uno de los más hermosos parajes del planeta.
Anochecía ya. Wellir detuvo el coche junto a la verja de la tapia, se apeó y presionó un timbre.
Un invisible objetivo escrutó su figura. Alguien preguntó:
—¿Qué desea?
— Soy Hayo Wellir — contestó el hombre —. Deseo hablar con la duquesa Smara.
— Un momento, señor, voy a consultárselo.
Wellir aguardó pacientemente. A los pocos momentos, un estirado individuo avanzó a lo largo del enarenado sendero que partía en dos el bien cuidado jardín.
— La señora duquesa accede a recibirle, señor — anunció el mayordomo, tras abrir la reja —. Siga todo recto; yo me encargaré de su automóvil, señor.
— Muchas gracias, Jenkins — dijo Wellir de buen humor.
— Mi nombre es Dobán, señor — puntualizó el mayordomo estiradamente.
Wellir contuvo una sonrisa. A Dován parecía enojarle que le hubiese aplicado un nombre de mayordomo terrestre.
Alcanzó la casa, sin sorprenderse demasiado del lujo. «Era lo que se podía esperar de una mujer rica y ociosa», pensó.
Cruzó el vestíbulo. Una voz femenina sonó al otro lado de una puerta entreabierta:
— Aquí, señor Wellir.
El visitante abrió la puerta. Desde el umbral, contempló a la mujer, lánguidamente tendida sobre un diván, cubierto su esbelto cuerpo con una especie de túnica tornasolada, de tejido de trama muy poco

espesa.
Smara sonrió mientras miraba al hombre. Le complacía el aspecto físico de Wellir. Era un sujeto de recia complexión, mandíbula enérgica y con algunas canas en las sienes. Quizá no era un hombre guapo en el sentido literal de la palabra, pero Smara reconoció en su interior que poseía un atractivo físico como había visto en pocos hombres.
— Entre, no se quede ahí parado — invitó ella.
— Gracias, duquesa.
Wellir cerró la puerta. Ella alargó un brazo de mórbidos contornos.
— Prepare algo de beber, por favor.
— Sí, duquesa.
El visitante actuó rápida y diestramente. Luego se acercó al diván con dos copas en la mano.

— Espero le guste — dijo.
— Me gustará — sonrió Smara —. ¿A qué debo el honor? — preguntó después del primer sorbo.
— Usted vino a visitarme a mi despacho hace días — le recordó él.
— No guardo demasiado buen recuerdo de aquella visita, si he de serle sincera.
— Si usted quiere ser sincera, habrá de convenir en que también los demás tienen derecho a serlo con usted.
— Metafóricamente, me echó a patadas del despacho — se quejó Smara.
— Exagera un poco, pero debe comprender mi posición, duquesa.
— Tal vez — Smara se sentó en el diván, pero escondió las piernas bajo el cuerpo —. ¿Por qué no sigue hablando? — preguntó.
—¿Todavía persiste en sus propósitos?
— Ah, ha venido a contratarme como agente del CIDI.
— Sí, duquesa.
Smara jugueteó un momento con la copa.
—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión? — preguntó.
— Usted.
—¿Yo?
— Sí. Tenemos toda clase de agentes en el CIDI. Quiero ver cómo se comporta una mujer rica y ociosa en el servicio.
— Entiendo. Usted opina que no daré resultado.
—¿Quién sabe? — sonrió Wellir —. Según para qué misiones, puede resultar un magnífico agente. Por cierto, ¿dónde ha estado todos estos días? He tenido que aguardar más de una semana para visitarla.
— Hice una cura de inteligencia — contestó Smara sorprendentemente.

—¿Cómo? — respingó Wellir.
— Hice un examen de conciencia y vi que era una ignorante. En vista de ello, me interné en una clínica de inteligencia, para cultivar mi mente. Ahora — rió ella —, soy terriblemente intelectual. Puedo hablar de cualquier tema con la necesaria profundidad para no parecer pedante, pero tampoco sin hacer el ridículo.
— Entiendo. Enseñanza por máquinas.
— Sí. Hipnopedia. Pero, además, acelerada. Cada día, un tema.
— Eso debe de resultar agotador, ¿no?
— Un poco, pero con dos días de convalecencia, una queda como nueva.
— Usted no está vieja, ni mucho menos, duquesa.
— No me halague, Hayo. Y llámeme Smara; soy menos protocolaria de lo que usted cree.
Wellir agarró una silla y se sentó a horcajadas frente a ella.
— Dicen que siete hombres se suicidaron por usted — manifestó.
— La gente exagera. Sólo fueron tres.
— No es mala marca. ¿Y sus cinco compromisos rotos?
— Cuatro, Hayo.
—¿Por qué rompió, Smara?
Ella hizo un gesto de indiferencia.
— No lo sé — contestó —. Nunca he podido encontrar una razón que me justificase a mí misma aquellas rupturas.
— En el fondo, es usted una mujer muy tímida, Smara.
— No me haga reír, Hayo. Algunos dicen que no conozco lo que es vergüenza.
Wellir apuró su copa.
— Usted está traumatizada psíquicamente por algo — dijo —. Teme al matrimonio y por eso rompió con sus cuatro pretendientes.
— No es cierto...
— Es verdad, pero no lo vamos a discutir ahora — cortó él —. Quiere ser agente del CIDI.
— Sí, ya se lo he dicho.
— Muy bien, no le preguntaré las razones, pero sí le indicaré cuál ha de ser su primera misión.
—¿Es interesante?
— Si la desempeña a conciencia, probará que es un buen elemento para la organización, Smara.
— Bien, hable ya de una vez, Hayo; no me tenga sobre ascuas.
—¿Conoce un local llamado Los Tres Discos Rojos? —¿Una taberna?
— Algo por el estilo.
—¿Dónde está, Hayo? Wellir sonrió.
— Averígüelo usted misma — dijo —. Vaya allí todas las noches hasta que reciba nuevas órdenes. Abra bien los ojos y los oídos; eso es todo

lo que tiene que hacer. Smara pareció decepcionada.
—¿Nada más? — preguntó.
— Es suficiente — contestó Wellir.
— Pero, ¿qué es lo que he de ver y oír en Los Tres Discos de Oro?
—¿No dice que acaba de someterse a una cura de inteligencia? ¿No es capaz de discernir por sí misma? ¿Cuál es la misión de nuestro Centro?
Smara suspiró.
— Sí, lo haré — contestó.
— Tendrá que cambiarse de aspecto. No use ropas lujosas, aunque tampoco vaya vestida con andrajos.
— Empiezo a sospechar la clase de papel que quiere que yo desempeñe, Hayo.
Wellir sonrió.
— Ya era hora de que lo comprendiese — dijo.
— Pero no sé si serviré...
El visitante se puso en pie.
A pocos pasos del diván había una mesita con aparatos de comunicación. Conectó el interfono y dijo: — Dobán, la duquesa desea estar sola. Tiene la noche libre.
— Bien, señor — respondió el mayordomo con voz impasible.
Smara se puso en pie de un salto, sofocada.
— Pero, ¡qué osadía...!
Wellir se acercó a ella y la estrechó en sus brazos.
— Eres una mujer muy hermosa — dijo.
— Suéltame...
— Y tengo la sensación de que hasta ahora no has tratado más que con peleles.
— Pero, Hayo...
— Necesitarás conocer algo más de la vida — dijo él, acentuando la presión de sus brazos.
— Y tú me lo vas a enseñar.
— Sí, porque no quiero que fracases.
—¿Es ese el único motivo, Hayo? — No. Hay otro.
—¿Cuál? Dímelo, por favor.
— Ya lo sabrás, Smara.
Ella echó la cabeza hacia atrás.
— Tengo la sensación de que quieres cobrarte el precio de mi admisión como agente del Centro — dijo. Wellir sonrió.
— No. Quiero cobrarme el precio de enseñarte lo que es la vida real y no la ficticia que has estado viviendo hasta ahora — contestó él, Inclinó la cabeza y los labios de Smara se rindieron incondicionalmente.

CAPITULO IV

Los preparativos no eran fáciles, pero Lon Turc conocía su oficio.
El fusil extratemporal estaba ya listo. Turc manejó hábilmente los controles del aparato, ocultos bajo sus holgados ropajes, y se movió sin ser visto, hasta situarse en las cercanías del objetivo.
El objetivo era un hombre de edad mediana y aspecto apacible, que estaba cenando en compañía de su esposa. Turc preparó el fusil.
Su vista resbaló a través de la mirilla temporal. En el centro del visor había un minúsculo círculo fosforescente.
Turc movió el fusil, hasta que el círculo quedó situado justamente sobre la sien del hombre. Sus brazos se inmovilizaron con absoluta rigidez durante unos segundos.
Apretó el botón de disparo. La cabeza de la víctima osciló violentamente. Luego se inclinó con brusquedad a un lado y rodó al suelo, mientras su esposa prorrumpía en chillidos de espanto.
Turc sonrió. Había visto con toda claridad el impacto del proyectil en la pared opuesta de la sala, después de atravesar el cráneo de su víctima de lado a lado. Tan seguro estaba de su puntería, que hubiera jurado que no había cinco milímetros de diferencia en los niveles respectivos de los dos orificios, el de entrada y el de salida, abiertos por el proyectil en las sienes.
Todavía sumergido en la esfera extratemporal, despiezó el fusil sin prisas, guardándolo después en una cartera de mano, de aspecto completamente inofensivo. A continuación, caminó como quinientos metros.
Alcanzó un lugar solitario y metió la mano derecha bajo los ropajes. Los controles le devolvieron a la dimensión normal.
Turc caminó apaciblemente por la calle. Ya se oían las primeras sirenas de alarma.
Sonrió satisfecho. Alguien se iba a volver loco, tratan. do de averiguar la identidad del asesino de Phri Sakkar, ministro de Energía de Tsarapis Alfa.

* * *

Con el ceño fruncido, Hayo Wellir leyó el papel que su secretario acaba de entregarle.
Era una simple octavilla. Las cosas que se decían en el papel le hicieron saltar de indignación.
— Pero, ¿cómo se atreven...?
Estrujó la octavilla, hirviendo de cólera. La alisó después y volvió a leerla:

¿INVASORES EN TSARAPIS ALFA?

Infundios del gobierno. Mordaces declaraciones, con las que pretenden mantener atados a los buenos tsarapianos, amantes de la libertad.
Lo que pretende el gobierno de tiranos que rige los destinos de Tsarapis Alfa es, sencillamente, encerrarnos a todos en una esfera aislante de los demás mundos galácticos, ahogando así nuestras ansias de libertad...

El zumbador del interfono sonó de pronto, apartando la atención de Wellir de la lectura.
— Rayo, venga inmediatamente — le llamó el director.
— Al momento, jefe.
Wellir entró en el despacho del director del CIDI.
—¿Conoce la noticia? — preguntó Ladso MacTyr.
— No, señor. ¿Qué sucede?
— Phri Sakkar, ministro de Energía, fue asesinado anoche, en su propia casa, pese a la protección policial y en presencia de su propia esposa.
Wellir silbó.
— Eso es grave, jefe — calificó.
— Muy grave — confirmó MacTyr —. El cargo de ministro de Energía es uno de los más importantes en el gobierno. Los que ordenaron el crimen sabían bien lo que se hacían.
— Ordenaron el crimen, ha dicho usted.
— Sí, Hayo, eso mismo he dicho. El asesino actuó bajo órdenes... ¿se imagina de quién?
— Un terrestre, por supuesto.
— Justamente. Persisten en sus propósitos, no hay que darle vueltas. Y lo peor de todo es que no vamos a poder encontrar al asesino.
—¿No han encontrado huellas?
MacTyr lanzó una risita de amargo sarcasmo.
— El que dispara con un fusil extratemporal no deja más huellas que las del proyectil — contestó.
Wellir silbó.
— De modo que usó un fusil extratemporal — dijo.
— Sí, Hayo.
— Pero puede ser localizable, señor.
— Es difícil, aunque no imposible. Ahora bien, si usted se viese delante de un tipo armado con un fusil extratemporal, ¿se atrevería a dispararle?
Wellir se estremeció.
—¡Rayos, no! — masculló —. No lo haría por nada del mundo.
— Exactamente es lo que piensa el asesino, Hayo. No deja huellas y, en el peor de los casos, es decir, si se le consigue localizar; situado en

la extratemporalidad, nadie se atrevería a atacarle.
— Pero no siempre permanece en posición extratemporal.
— Desde luego, aunque, una vez que pasa al ambiente de tiempo normal, ¿quién lo identifica?
Wellir se mordió los labios.
— Jefe, ¿me permite hacerme cargo del caso? — solicitó.
— Pídaselo al coronel Fuc — U. Es el que dirige las investigaciones.
— Bueno, yo actuaré paralelamente, sin interferir sus trabajos. Usted adviértaselo, simplemente. De lo demás me encargaré yo.
— Conforme, Hayo. Ah, otra cosa. ¿Ha leído las octavillas que han aparecido en muchos puntos de la capital?
— Sí, señor. Una clase de propaganda particularmente mordaz.
— Puede causar daño en mentes poco cultivadas — alegó MacTyr.
— Es probable. Pero se puede luchar también por el mismo método.
—¿Contrapropaganda? — Sí, señor.
— Lo estudiaré, Hayo. Mientras tanto, vea a Tuc-U y trate de pescar al asesino del ministro de Energía.
— Voy a procurarlo con todas mis fuerzas, jefe — respondió Wellir con enérgico acento.

* * *

El pelo, rabiosamente teñido de azul verdoso, la piel levemente amarillenta y las pupilas muy verdes, conferían a Smara Junz un aspecto completamente distinto del suyo habitual. Estaba teniendo bastante éxito en Los Tres Discos de Oro, había que reconocerlo.
Pero Smara se sentía perpleja. ¿Para qué había sido. enviada allí?
El lugar no era muy decoroso y abundaba en clientes de todas las cataduras. Algunos daban frío sólo de mirarlos.
Las mujeres que pululaban entre las meses no tenían mejor apariencia. Y más de una la había dirigido una mirada poco amable, cuando no una palabrota de grueso calibre.
Un hombre se acercó a ella.
— Te invito a un trago, guapa — dijo.
— Bueno — aceptó Smara. Caminaron hacia el mostrador.
—¿De dónde eres? — preguntó el individuo —. Tienes todo el aspecto de haber nacido en Kydar Epsilon, pero el acento...
— Soy kydariana de nacimiento, en efecto — mintió Smara —, pero me trajeron a Tsarapis Alfa cuando era una niña.
— Comprendo. Me llamo Bórez.
— Apellido terrestre, parece.
— Un caprichito de mi madre hace treinta y dos años — rió el hombre, bastante atractivo, juzgó Smara.
Ella rió también.

— Las mujeres, a veces, somos caprichosas — convino. Bebieron. Bórez pidió otra copa.
— Si sigo así...
— se lamentó Smara. El hombre se echó a reír.
— Este vino es inofensivo — dijo —. Tendrías que probar los del planeta de mi padre. Allí sí que saben hacer vino bueno.
Bórez sacó una moneda. Smara se quedó perpleja. No había mucha gente que usara las monedas de mil discos como cosa corriente.
— Cobra, guapa — dijo a la barmaid.
— Al momento.
Una mujer se acercó a la pareja en aquel instante.
— Estás en mal sitio — se dirigió a Smara.
La joven arqueó las cejas.
— No entiendo — contestó.
— El sitio que ocupas es mío. Lárgate.
Smara recibió un fuerte empujón que la hizo trastabillar. La otra se situó en el mostrador, frente a Bórez, de espaldas a la joven.
— Es mi sitio — insistió. Bórez sonreía.
— Temo que te lo van a disputar, Erna. Una mano tocó en el hombro de Erna.
— Se le ha caído el bolso — dijo Smara. Erna picó. Giró en redondo y se agachó.
Una rodilla subió con violencia y le aplastó la nariz. Erna chilló.
Smara la agarró por el pelo con la mano izquierda y con la derecha asestó a su contrincante varios golpes de no escasa potencia. Erna chillaba y gemía en medio del alborozo de la concurrencia.
Al final, Smara agarró a Erna por los pelos con ambas manos y la arrastró por el suelo. Erna pudo ponerse en pie, pero estaba ya junto a la puerta y la atravesó con tremenda violencia, catapultada por algo que le pareció la coz de un mulo terrestre.
Smara regresó junto al mostrador, encarnado el rostro y el pecho alborotado, pero satisfecha por la demostración que había hecho, Bórez la acogió complacidamente.
— Peleas bien — dijo.
— No me gustan las provocaciones — respondió ella. Bórez la miró un momento.
— Todavía no me has dicho tu nombre — observó.
— Luenna.
— Está bien, me gusta. Luenna, aquí hay demasiada gente.
Smara sintió que se le cortaba el aliento. ¿Debía aceptar la poco velada invitación? ¿Formaba parte de su papel?
Sonrió evasivamente. Bórez dio por entendido que ella consentía en la propuesta y se volvió hacia el mostrador.
— Dame una botella del mejor vino terrestre — pidió a la barmaid —.

Cuidado con los sellos de origen y no me largues una botella de vino sintetizado, ¿entendido?
— Descuida, hombre; para los buenos clientes, siempre tenemos botellas legítimas.
Mientras Bórez hablaba con la barmaid, Smara sintió que algo rozaba su mano derecha. Una voz susurró: — Cuando estés a solas con él, échaselo en la copa de vino sin que se dé cuenta. Espérame después.
Smara cerró la mano. Procuró mantenerse serena. Ni siquiera se atrevió a volver la cabeza, temerosa de delatarse a sí misma. Pero aquella voz sólo podía pertenecer a Hayo Wellir.
Bórez se volvió hacia ella, con la botella en la mano.
—¿Vamos? — dijo, sonriendo.
Smara se colgó de su brazo.
— Estoy dispuesta — contestó. Pero más tarde, a solas con Bórez, se sintió atacada por ciertos escrúpulos. ¿Y si la píldora que le habían dado era un veneno?
Reflexionó mientras se dejaba besar por el hombre. Si Wellir quisiera matar a Bórez emplearía otros medios.
Los labios de Bórez aplastaron los suyos. Aprovechando el momento, Smara alargó la mano derecha y dejó caer la píldora en el vaso de su fogoso acompañante.

CAPITULO V

Bórez dormía con apacible expresión, tendido en el diván. Smara le contemplaba perpleja.
—¿Y ahora? ¿Qué hacer? — se preguntó. De pronto, llamaron a la puerta.
Fueron unos golpes suaves, aunque perfectamente audibles. Smara se levantó, cruzó la estancia y abrió. Los ojos de Wellir la contemplaron alegremente.
— Estás guapísima, disfrazada de kydariana — alabó.
— Se me ocurrió que podía resultar — explicó ella.
— Y ha resultado, en efecto — admitió Wellir —. ¿Cómo está el terrestre?
— Dormido, pero... ¿es un terrestre?
— Claro — confirmó él, con acento de seguridad. Wellir se acercó al diván. Smara corrió hacia aquel lugar.
— Rayo, no irás a... Wellir volvió la cabeza.
—¿Qué te pasa? ¿Piensas que voy a rebanarle el pescuezo? — preguntó.
Ella se mordió los labios.
— No sé... Resultaría horrible, Hayo.
— Si fuera necesario, lo haría, pero necesito a Bórez vivo por ahora — contestó él —. Me interesa mucho más que siga viviendo. Por eso te

di solamente una píldora narcótica.
— He estado a punto de no echarla en su copa. Llegué a pensar que se trataba de un veneno.
— Hermosa, si quieres tomar parte en el juego, has de obedecer, puntualmente las órdenes que te den — dijo Wellir —. De lo contrario, recoge los trastos y vuélvete a casita.
— Hasta ahora te he obedecido puntualmente — protestó Smara —. He ido a esa inmunda taberna, me he peleado con una mujerzuela, me he dejado besar y abrazar por Bórez...
—¡Uy, cuántas cosas! — rió él —. ¿Es fogoso Bórez? — No creo que eso te quite el sueño. Pero, ¿qué estás haciendo?
— Registrarle, claro. ¿Por qué te crees que pedí que lo narcotizases?
Smara calló. Wellir actuaba rápida y diestramente. De súbito, lanzó una exclamación.
—¡Ah, creo que lo he hallado! —¿Qué es, Hayo?
Wellir le enseñó una pequeña agenda de notas. En una de sus páginas había una anotación: WW — 17 — X — UB — 09.
— No entiendo — dijo Smara —. ¿Significa algo?
— Sí, son las coordenadas, en clave, del punto de llegada de un invasor.
—¡Oh! — se asombró ella.
— Hace algún tiempo capturamos la clave, cosa que, como puedes comprender, se mantuvo, y todavía se mantiene, en secreto. Sin embargo, no habíamos tenido la suerte de encontrar el punto de llegada de un agente.
— Bueno — dijo Smara —, ésa es la clave que indica el punto de llegada. Pero, ¿quién te garantiza que no ha llegado ya?
Wellir sonrió.
— Mira la página de esta agenda — contestó —. Sobre la última anotación, hay cuatro o cinco más, todas tachadas. Significan otros tantos agentes terrestres que han conseguido infiltrarse.
— Ah, ya entiendo. Pero, ¿no es una imprudencia por parte de Bórez llevar la agenda de un modo tan descuidado?
—¿Crees que en la Tierra son tontos? ¿No te has fijado en este tubito que tengo en la mano?
Los ojos de Smara captaron la imagen de un cilindro blanco, que le había parecido un cigarrillo sin encender y que Wellir tenía orientado hacia la libreta. Wellir apartó a un lado el tubito y la página quedó en blanco.
—¡Oh! — exclamó, asombrada.
Wellir devolvió la agenda a su sitio. En aquel momento, Bórez murmuró:
— Egghead.
Wellir arqueó las cejas.

—¿Qué dice? — preguntó. Ella se encogió de hombros.
— No lo sé — contestó —. Ha pronunciado esa palabra ya dos o tres veces, en sueños.
— Es extraño — comentó él —. Pero tal vez signifique algo. Bueno, de todas formas, yo me marcho. Ahí te quedas, Smara.
—¿Cómo? ¿No me voy contigo?
— No. Bórez despertará dentro de un cuarto de hora, aproximadamente. El narcótico no dejará secuelas de mal gusto ni torpeza de movimientos.
— Wellir contempló la botella un instante —. Todavía está casi llena. Tira casi todo el vino por el sumidero y dile que se le fue la mano en los tragos y se durmió, ¿entendido?
—¿Y después?
Wellir sonrió maliciosamente.
— Ah, eso ya queda a tu discreción, hermosa — contestó.
Smara se ruborizó.
— Yo no soy...
— El cargo impone muchas servidumbres — dijo él sarcásticamente —. Pero tu discreción te hará saber cuál es la forma mejor en que debes actuar.
De pronto, agarró la botella, la destapó y se llevó el gollete a los labios. Bebió un buen trago y chasqueó la lengua.
— Es un pecado desperdiciar del todo un vino tan bueno — comentó con jovial acento.
Smara se quedó sola. Perpleja, miró al durmiente, que ya no tardaría mucho en despertar.
De pronto, se le ocurrió la solución.
Bórez despertó poco después. Junto a la botella, casi vacía, encontró un papel escrito, situado sobre la mesa:

No tengo la culpa de que, entre el vino y yo, eligieras el vino.

Bórez masculló una interjección de enojo.
— Esa chica tiene razón — murmuró —. Me he emborrachado indecentemente y no se le puede reprochar que se haya sentido ofendida.

* * *

La oscuridad era absoluta en la llanura.
Wellir estaba agazapado tras unos arbustos, junto a dos personas, una de las cuales era una mujer, joven y atractiva.
—¿Habrá fallos, sargento? — preguntó.
— Si las coordenadas de llegada son exactas en su definición, no, señor, no habrá fallos — contestó Arvilia Mógr.

—¿Qué campo de acción tiene el aparato?
— Entre diez y treinta metros de radio, alrededor del punto exacto de llegada, señor.
El otro acompañante estaba acuclillado frente a una caja negra, de buen tamaño, casi como una maleta, contemplando una larga pantalla de verdosa, con forma de paralelogramo. Una minúscula antena sobresalía de uno de los extremos de la caja.
— La tensión de la rejilla es correcta — informó.
— Bien, sólo falta esperar la llegada del agente — dijo Wellir.
Arvilia se estremeció.
— No va a resultar agradable — dijo.
— Si se estuviera en su casa, nosotros no tendríamos que recurrir a estos procedimientos — masculló Wellir, colérico.
De pronto, el hombre lanzó una exclamación: —¡Actividad en la pantalla! ¡El agente está en el «transpositor»!
Un puntito brillante había aparecido en la pantalla y se movía con cierta lentitud hacia el extremo de la derecha. Wellir y sus dos acompañantes observaron fascinados el progreso de aquel minúsculo círculo fosforescente.
— Está a punto de llegar — anunció el observador. Los ojos de Arvilia se fijaron en el singular aparato que había delante de ellos, a unos diez metros de distancia. Era una rejilla de brillantes hilos de metal, de medio centímetro de grosor, de unos cinco metros de lado, sostenida por varias hileras de sólidos pilares aislantes de porcelana, que separaban el conjunto un metro del suelo.
— Once segundos — dijo el observador.
La tensión era extrema. Arvilia tenía en la mano la caja de control remoto.
—¡Siete segundos!
La mano de Arvilia se crispó sobre la caja. Su pulgar estaba apoyado sobre el botón rojo, situado en uno de sus extremos.
— Cinco segundos... cuatro... tres... dos... uno...¡Tensión total!
Arvilia presionó el botón.
Algo surgió de repente en el centro de la rejilla. La oscuridad fue disipada unos segundos por un violento relámpago.
Se oyó un terrible alarido. El chispazo, blanco azulado, permitió ver la silueta de un hombre en la rejilla, pero la visión duró menos de un segundo.
Volvió la oscuridad. Wellir se puso en pie.
— Desconecten — ordenó.
Encendió una lámpara corriente y se acercó a la rejilla. En el centro de la misma, se veía una huella negruzca, que alteraba la brillantez de los cables metálicos.
La huella tenía todos los contornos de un cuerpo humano. Wellir

sonrió satisfecho.
— Alguien se estará tirando ahora de los pelos en la Tierra — dijo.

* * *

El general Hi-Han y su ayudante Ormez estaban detrás de la cabina de gruesos cristales, que daba a la sala donde se hallaba el «transpositor».
Un hombre entró en la sala, seguido por varios más, vestidos con batas blancas. El individuo se situó en el centro de la plataforma de lanzamiento, que los trasladaría en contados segundos al planeta situado a decenas de años luz.
Los operadores actuaron con rapidez, retirándose poco después. El agente dirigió los ojos hacia la cristalera y sonrió, a la vez que agitaba una mano en señal de saludo.
— Buen viaje — dijo Hi-Han.
Alguien pulsó un interruptor. La figura del agente empezó a transparentarse hasta desaparecer del todo.
— Ya está en camino — dijo Ormez, muy aliviado.
Pasaron algunos segundos. Faltaba encenderse la lámpara verde, que señalaría una llegada sin inconvenientes. De repente, se oyó un oscuro bramido. En menos de cinco segundos, el ruido se hizo insoportable.
Súbitamente, se oyó un violento estallido en la sala. Un cuerpo humano, completamente ennegrecido, apareció en la plataforma de lanzamiento, con los miembros retorcidos de una manera espantosa.
Hi-Han creyó que se le saltaban los ojos de las órbitas.
—¡El lanzamiento ha fallado! — gritó.

CAPITULO VI

— Sí, el lanzamiento ha fallado, pero, ¿por qué? — dijo Hi-Han, furioso.
Los dos hombres estaban ya en el despacho del general. Hi-Han se paseaba muy nervioso arriba y abajo, cruzando y descruzando los dedos continuamente.
— Sólo hay una explicación posible, general — habló Ormez lentamente.
—¿Una rejilla refractaria? — Sí, señor.
Hi-Han entornó los ojos.
— En tal caso, ¿sabe lo que eso significaría? — preguntó.
— Sí, señor. Significaría dos cosas: una precisión increíble en la colocación de la rejilla... y el descubrimiento de nuestra clave de lanzamientos, lo que implicaría, por descontado, el conocimiento de las coordenadas utilizadas en cada caso.

Hi-Han detuvo sus paseos.
— Han descubierto la clave =repitió.
— Seguro, señor.
— Sólo hay dos personas que conozcan la clave en Tsarapis Alfa, Ormez.
— Lo sé, mi general.
— Una de ellas la conoce porque es su deber. La otra, porque está encargada de anunciar el momento propicio del lanzamiento.
— El segundo es Luis Bórez.
— Sí, y eso indica que lo han apresado...
— No tenemos noticias de que haya sucedido una cosa semejante. Ya lo sabríamos, general.
— Entonces, ¿cómo diablos han conseguido la clave? Ormez se encogió de hombros.
— Los tsarapianos no son tontos, señor — contestó.
— Desde luego.
— Hi-Han alzó el índice — : Ben, envíe un mensaje a Bórez. Dígale esto: «Clave descifrada. Agente E — 3 — IN devuelto y muerto. Entrevístese con O.H. para pedirle instrucciones. Enviaremos nueva clave». Eso es todo, Ben.
— Sí, señor... pero vamos a sudar mucho si queremos continuar infiltrando agentes.
Hi-Han torció el gesto.
— Bueno. Turc nos ayudará bastante con su fusil extratemporal — dijo.

* * *

Hayo Wellir leyó el nuevo informe que acababa de llegar a sus manos y torció el gesto.
— Otro asesinato — masculló.
Todavía estaba por descubrir el asesino del ministro de Energía. Wellir confiaba en atraparlo, pero sabía que no le iba a resultar fácil.
Un nuevo miembro del gobierno acababa de perecer, con el corazón destrozado por la. bala salida de un fusil situado fuera de la dimensión normal del tiempo. La vigilancia establecida en torno a cada ministro se había mostrado estéril.
MacTyr le llamó en aquel momento.
—¿Conoce la noticia, Haya? — preguntó.
— Desgraciadamente, sí, señor.
—¿Qué ha conseguido usted? — Nada. Lo siento.
— Pero ha devuelto un agente infiltrado a su punto de origen.
— Bueno, era algo que tenía planeado desde hacía tiempo. Se me presentó la ocasión, eso es todo, señor.

—¿No se le ocurre ninguna idea para localizar al asesino del fusil extratemporal?
—¿Es localizable, jefe?
— Si se pone un poco de empeño, sí, Hayo.
— Bien, imagine que lo detecto. ¿Qué hacer? Nada, ¿verdad? No se le puede disparar a un tipo situado en el interior de una esfera extratemporal. Se produciría una catástrofe.
— Eso es cierto, pero también es verdad que el tipo está en la capital. Ponga todos sus sabuesos a buscarle, Hayo.
— Prefiero hacerlo yo mismo, con un mínimo de ayuda, jefe. Demasiada gente... bueno, pasaría eso de que los árboles no dejan ver el bosque.
— Tal vez — admitió MacTyr —. Bien, llámeme apenas sepa algo.
— Sí, señor.
Wellir reflexionó unos momentos. Encontrar al asesino no iba a resultar tarea precisamente fácil. Se preguntó cuál sería el primer paso que debería dar.
Su vista resbaló sobre una de las octavillas distribuidas anónima y clandestinamente en los últimos tiempos. De modo maquinal, estrujó el papel, encontrándolo muy fino y sedoso al tacto. El detalle se alojó en un rincón de su memoria, sin que le prestara mayor atención.
El videófono sonó de pronto.
—¿He de continuar desempeñando el papel de Luenna, la kydariana? — consultó la duquesa Smara Junz.
— Debo darle nuevas instrucciones, pero me gustaría hacerlo en persona. Si usted me invitase a cenar, por supuesto.
Smara sonrió en la pantalla.
— Me encantará ser su anfitriona — aceptó la propuesta.

* * *

La esbelta silueta de Smara se dibujó en el umbral de la puerta. Vio a Wellir y arqueó las cejas al observar su indumentaria.
—¿Qué clase de ropa llevas puesta? — preguntó, extrañada.
— En la Tierra le llaman frac. Suele usarse para fiestas y actos sociales de mucho compromiso — contestó él, mientras se quitaba el sombrero de copa.
— Un poco snob, ¿no se dice así?
— También es una palabra terrestre, pero ya sabe, a los tsarapianos nos chiflan los ropajes de aquel país. Y si no, ¿qué es lo que llevas puesto?
Smara sonrió. Su indumentaria consistía en una larga túnica, blanca de tejido muy espeso y orlas de oro, en forma de grescas. La túnica estaba abierta completamente por el costado izquierdo, desde el

hombro.
— Las damas romanas no eran atrevidas como yo — dijo, riendo, a la vez que se colgaba del brazo de su huésped —. De todas formas, no es la única prenda que llevo puesta.
— Sí, ya he entrevisto algo parecido a un pantalón — contestó él desenvueltamente. Al pasar junto a una mesa, dejó el sombrero, el bastón con puño de marfil y los guantes blancos —. ¿Qué tal la experiencia en Los Tres Discos de Oro?
— Fascinante — calificó Smara —. ¿Tengo que volver allí?
— Por ahora, no. Es suficiente con lo que hiciste — dijo Wellir.
— Me decepcionas — suspiró ella —. Yo creí que ibas a encomendarme misiones continuamente... ¿Qué quieres beber? — preguntó, deteniéndose ante un aparador bien provisto.
— Cualquier cosa, gracias. Un agente no está siempre en acción, a menos que las circunstancias lo requieran.
— Y yo hice bastante con narcotizar al terrestre.
— Sí, desde luego.
—¿Sabías que me buscaría? — Me lo imaginaba.
Smara se volvió hacia él y le entregó una copa.
—¿Cómo fuiste capaz de imaginártelo? — preguntó.
— Sospechábamos de él y era preciso confirmar las sospechas. Naturalmente, no iba a enviar a un sargento rudo y fornido.
— Una mujer joven y hermosa, ¿eh? — Dio resultado, creo — sonrió él.
—¿Y si hubiera buscado a otra? — Tarde o temprano se hubiera fijado en ti.
— Y era la ocasión que esperabas.
— Justamente.
Smara se separó de Wellir y se sentó en un diván, replegando las piernas bajo el cuerpo.
— Ya se han cometido dos asesinatos de personajes de gran relieve político — dijo.
— Lo sé. Forma parte de la campaña de invasión.
— Parece como si quisieran exterminar al Gobierno.
— No te quepa la menor duda, Smara.
— Bueno, cuando muere un ministro, siempre se designa un sustituto...
— Habrá crisis de Gobierno, tarde o temprano, y alguno de los nuevos ministros será un invasor. Más adelante, se reproducirá la crisis y más invasores ocuparán puestos ministeriales.
— Y así hasta que ellos, en realidad, gobiernen el planeta...
— Justamente. Coparán otros puestos de responsabilidad...
— La Jefatura del CIDI, por ejemplo.
— Sí, Smara.

— Y, además, están llevando a cabo una campaña de calumnias, que confunden a la opinión pública.
— Efectivamente.
— No parece que tengamos muchas probabilidades, ¿verdad?
Wellir tomó un sorbo.
— Las cosas no están muy fáciles — admitió.
— Pero tú lograrás rechazar la invasión.
— Me gustaría, Smara. Sin embargo, opino que va a resultar punto menos que imposible.
— En tu opinión, ¿cuál sería la jugada clave para detener la invasión?
— Desenmascarar al comandante en jefe de las fuerzas de invasión — respondió Wellir —. Está aquí, en Gnovia, la capital... y él, con toda seguridad, posee un archivo muy completo, con los nombres y situaciones de cada uno de sus agentes. Pero no tenemos la menor idea de cuál pueda ser, lo confieso humildemente.
— Un terrible problema — suspiró Smara —. De todas formas, ya sabes que puedes contar conmigo incondicionalmente.
—Gracias. ' — Wellir sonrió —. Antes hemos hablado algo de una cena — recordó.
— Está ya dispuesta — contestó ella —. Jenkins..., perdón, Dobán, la servirá cuando tú lo indiques.
— Creí que le habías concedido la noche libre, Smara. Ella sonrió maliciosamente.
— Después de que hayamos cenado — contestó, mientras empezaba a levantarse de nuevo.
Wellir se inclinó para dejar la copa sobre una mesita.
En el mismo instante, algo zumbó sobre sus hombros y se hundió en el suelo con gran fuerza.
— Cuidado — dijo él, a la vez que saltaba hacia delante. Smara recibió un golpe en el estómago y cayó de espaldas sobre el diván. Wellir quedó casi encima, rodeándola con sus brazos.
— No te muevas — aconsejó a media voz.
— Han... disparado... contra... nosotros — tartamudeó la joven, terriblemente pálida.
— Rectifica, hermosa. Han disparado contra mí.

CAPITULO VII

Durante unos momentos, reinó en la estancia un completo silencio. De pronto, Wellir se dejó caer al suelo.
— Smara, arrástrate hasta el vestíbulo y trae mi bastón. No levantes la cabeza en absoluto, ¿entendido? Ella asintió en silencio. Cuando volvió, vio a Wellir arrodillado junto a la ventana.
— Hayo — llamó.
El hombre se volvió. Smara observó que estaba en mangas de

camisa.
— Ahí tienes mi frac — indicó él —. Tiéndete de espaldas en el suelo y levántalo con el bastón. En cuanto dispare de nuevo, déjale caer. ¿Has entendido?
— Sí, Hayo.
Wellir asomó ligeramente la cabeza. De pronto, a unos cien metros de distancia y a seis o siete del suelo, vio un leve chispazo amarillo.
— Ya está — anunció Smara.
Wellir se puso en pie y echó a correr, sin preocuparse en absoluto de su indumentaria.
—¿Adónde vas? — preguntó ella.
— No te preocupes, ya volveré.
Wellir salió de la casa y corrió velozmente hacia la verja exterior, que abrió sin pérdida de tiempo. Montó en su coche, dio el contacto y arrancó.
Trescientos metros más adelante, vio parado otro vehículo a un lado del camino. Lo rebasó con el suyo, se detuvo a un lado y regresó a pie, escondiéndose junto al coche.
Un hombre apareció a los pocos momentos, caminando pausadamente. En la mano derecha llevaba una cartera tipo valija.
Lon Turc abrió la portezuela del coche y lanzó la cartera al lado derecho del asiento. Alguien abrió la otra portezuela y se apoderó de la cartera.
— Gracias por el obsequio de un fusil extratemporal, amigo — dijo Wellir.
Turc se quedó pasmado de asombro. Pero su quietud duró un instante tan sólo.
— No se mueva — intimidó Wellir —. Mi pistola está situada en esta dimensión temporal y dispara proyectiles coagulantes.
Turc volvió la cabeza lentamente.
—¿Wellir? — preguntó.
— Sí.
— Creí haberle quitado de en medio.
— Siento defraudarle, pero ha desperdiciado inútilmente dos balas.
— Bien, imagino que ahora querrá llevarme arrestado, ¿no es cierto?
—¿Puede pensar otra cosa? Apártese del coche y ponga las manos en la nuca o dispararé sin vacilar.
Turc se retiró un paso. Súbitamente, desapareció de la vista de Wellir.
El joven lanzó una maldición.
Delante de él tenía una especie de esfera transparente, apenas visible, sin embargo. Turc se hallaba en su interior.
La esfera se alejó a toda velocidad. Wellir no intentó siquiera perseguir al asesino.
Turc estaba en otra dimensión temporal. Había podido ver la esfera de

tiempo en que se envolvía, pero era debido a la corta distancia que los separaba. En pleno día a diez o doce metros, el asesino resultaría completamente invisible.
Suspiró resignadamente.
«Al menos, le he dejado sin fusil", pensó, mientras se apoderaba de la valija.
Luego hurgó en el motor del vehículo de Turc y arrancó cortando los cables del alineador magnético y del suministro de energía. El automóvil ya no podría moverse mientras no se reparase la avería, cosa nada fácil sin las herramientas y materiales adecuados.
Regresó a la casa. Smara le aguardaba ansiosamente en la puerta.
—¿Has conseguido algo? — preguntó.
— El asesino escapó, sumergiéndose en la dimensión extratemporal. Su fusil, sin embargo, ha pasado a mi poder.
—¿Lo conocías?
— No. Nunca lo había visto, aunque creo poder reconocerlo si vuelvo a verle.
— Entra — dijo ella —. Necesitas un trago.
—¿Qué hay de la cena? — sonrió Wellir.
— No sé cómo puedes tener apetito. A mí se me han pasado las ganas.
— En cambio, yo tengo más hambre que nunca, pero antes voy al baño. Tengo las manos sucias.
— Muy bien, como quieras.
Wellir se lavó las manos y arrancó una hoja del papel toalla, mientras refunfuñaba:
— Mucha elegancia, pero ni siquiera emplea toallas verdaderas.
Se secó las manos a medias y necesitó otra hoja. De pronto, se puso rígido.
Empezó a sacar hoja tras hoja del toallero automático. En la última encontró la marca de fábrica.
Una sonrisa apareció en sus labios. Con el papel en las manos, regresó a la sala.
— Smara, hoy es ya un poco tarde y, además, el asunta merece ser organizado adecuadamente — dijo —. ¿Te gustaría hacer una excursión mañana a la fábrica de Papel Número Treinta y Nueve?
Ella le miró sorprendida.
—¿Qué hay en esa fábrica, Hayo? — preguntó.
— La imprenta clandestina donde se imprimen las octavillas subversivas — contestó él.

* * *

— Tengo una buena pista, jefe. Dos, mejor dicho. Ladso MacTyr,

director del Centro de Información y Detección de Invasores, miró fijamente a su subordinado.
— Hable, Hayo — invitó.
— Primero, anoche estuve a punto de desaparecer del mundo de los vivos. El asesino disparó dos veces contra mí.
— Interesante. ¿Cómo falló?
— La primera vez, de milagro. La segunda, mediante una trampa que le tendí...
Wellir explicó lo ocurrido. MacTyr le escuchaba con toda atención.
— Y se le escapó — dijo, cuando Wellir hubo terminado.
— Así, cualquiera, jefe. Puso en marcha el mecanismo de pase a la dimensión extratemporal y desapareció. Claro que le vi todavía unos segundos, pero, ¿quién se arriesgaba a disparar contra él, aunque no fuese más que un proyectil coagulante?
— Sí, es cierto.
— Pero entreví sus facciones. Es alto, delgado y de rostro huesudo. Creo que tiene el pelo muy rubio y las pupilas claras. Además, capturé el fusil, aunque me imagino que no hallaremos en él una sola huella.
— Usa guantes, claro.
— Desde luego, jefe.
— Bien, pondré a todos los hombres disponibles a buscar al asesino. ¿Cuál es la otra pista?
— La Fábrica de Papel Número Treinta y Nueve, jefe. MacTyr arqueó las cejas.
—¿Seguro?
Wellir sonrió. Sacó una octavilla y luego un trozo de la toalla que había encontrado en casa de Smara.
— Compare la textura de los dos papeles, jefe. Es absolutamente idéntica, cosa que puede comprobar mediante un simple análisis microscópico.
— Sí, parecen de la misma clase de papel, aunque, desde luego, lo comprobaremos por análisis. Podría ser una buena pista para encontrar la imprenta clandestina.
— Está en la fábrica, jefe — afirmó Wellir.
—¿Cómo lo sabe? El joven sonrió.
— Es una deducción elemental — respondió —. Resulta más cómodo llevar allí el material y efectuar el proceso de impresión en la fábrica. De este modo, se evitan el transporte del papel hasta la imprenta. Las octavillas se distribuyen ya desde la misma fábrica, con lo que se ahorran una importante parte del proceso.
— Parece razonable — admitió MacTyr —. ¿Cuáles son sus proyectos sobre el particular?
— Registrar la fábrica, por supuesto. MacTyr se llevó las manos a la cabeza.

—¡Pero ocupa una extensión enorme! — clamó. Wellir sonrió.
—¿Se ha fijado usted en la forma en que están impresas las octavillas? — preguntó.
— Pues...
— Los invasores emplean una multifotocopiadora, capaz de imprimir octavillas a razón de trescientas por minuto, dieciocho mil a la hora... y como trabajan cinco o seis horas por la noche, tiran noventa mil por día, cuando menos. Pero una multifotocopiadora emite estáticos fáciles de detectar.
— Suponiendo que no esté dotada de condensadores, para evitar interferencias — dijo MacTyr.
— Cuento con ello, jefe. Ahora bien, el circuito antiinterferencias puede anular los estáticos, pero no los destellos luminosos que son precisos para la impresión de las octavillas. Eso es lo que me guiará hasta el objetivo con el detector sensible a la luz por destellos sincrónicos.
— Ahora ya lo entiendo. ¿Cuándo piensa ir, Hayo? — Esta misma noche, jefe.
—¿Solo?
— No — sonrió Wellir —. Iré acompañado, pero por una sola persona.

* * *

Dobán, el alto y estirado mayordomo, abrió la puerta y se inclinó respetuosamente ante el recién llegado.
— Buenas noches, señor — saludó — —. La señora duquesa le aguarda en la sala.
— Gracias, Jenkins.
— Perdón, señor. Mi nombre es Dobán.
— Ah, sí, lo había olvidado. Discúlpeme, Dobán. Wellir cruzó el amplio vestíbulo y llegó a la sala. Smara se puso en pie al verle.
— Estoy dispuesta, Hayo — manifestó. Wellir la contempló de hito en hito.
— Esa ropa no es adecuada en modo alguno — dijo. Smara se quedó sorprendida.
— Es un vestido muy corriente — alegó.
— Sí, pero necesitas pantalones. Deberás moverte con holgura y las faldas te estorbarán.
— Cualquiera diría que me llegan hasta el suelo, Hayo.
— Entonces, me distraeré yo contemplando tus piernas. Mira a ver si tienes una blusa y unos pantalones oscuros; es lo mejor.
Smara se puso colorada.
— A otros hombres les gustaron siempre mis piernas — dijo.
—¿A quién no? — sonrió él —. Pero hay que vestirse según requiere

la ocasión. Anda, date prisa.
— Está bien, me cambiaré en cinco minutos.
Smara fue puntual. Wellir sonrió de nuevo al verla.
— Eso es ya otra cosa — dijo.
Tomó su brazo y se dirigió con ella hacia la puerta. Dobán acudió a abrir la puerta del vestíbulo.
— Tardaré en volver, Dobán — dijo la joven —. No hace falta que me espere.
— Bien, señora duquesa.
El coche de Wellir estaba en la puerta. Montaron y él lo puso en marcha inmediatamente.
Smara reclinó la cabeza en el respaldo.
— Hayo, me pregunto por qué los terrestres tienen tanto interés en invadir nuestro mundo — dijo.
— Hay muchas respuestas para esa pregunta, pero todas se pueden resumir en una sola.
—¿Cuál es, Hayo? — Ambición de poder.
—¿De todos los terrestres o de su Gobierno? — Aparentemente, de su Gobierne. En el fondo, y de una manera más o menos subconsciente, de todos los terrestres.
Smara meditó largo rato sobre aquellas palabras. El automóvil entró en la magnetopista y durante dos horas rodó a trescientos cincuenta kilómetros por hora.
Wellir había programado anticipadamente el itinerario. En el momento adecuado, una luz empezó a centellear en el tablero.
Desconectó el control magnético y el automóvil empezó a decelerar. A poco, abandonó la magnetopista y entró por un camino secundario, muy bien cuidado, sin embargo.
Poco después, se hallaban en las inmediaciones del gigantesco complejo fabril. La factoría funcionaba prácticamente con las máquinas tan sólo, vigiladas por unos cuantos técnicos. Se veían bastantes luces encendidas, que correspondían a los distintos cuartos de control.
Había una valla alta enrejada, que delimitaba el área de la fábrica. Wellir detuvo el coche y tomó del asiento posterior una caja que puso sobre sus rodillas.
—¿Qué es eso? — preguntó Smara, intrigada.
— Un detector de destellos sincrónicos — contestó él, mientras levantaba la tapa del aparato.
En la cara superior había un círculo de vidrio de color oscuro. Wellir presionó un interruptor y graduó varias llaves.
El círculo se iluminó con una tonalidad rojiza, algo oscura. En uno de sus lados apareció un puntito de vivo color amarillo, que giraba velozmente, muy cerca del borde.

— Hay un emisor de destellos sincrónicos en funcionamiento — anunció él.
— Es la máquina que imprime las octavillas, ¿no?
— Sí. El papel está tratado químicamente y cuando recibe el destello, el mensaje queda grabado en el acto.
— Como si fuese una fotografía.
— Sí, pero a la velocidad de trescientos destellos por segundo.
— No está mal. Pero tenemos una valla que nos cierra el paso. ¿Cómo piensas salvarla?
Wellir sonrió. Desconectó el detector, cerró la tapa y se lo colgó del cuello por una correa.
— Ahora lo verás — respondió.
Tocó un botón en el tablero del coche. El automóvil se elevó de inmediato, como un ascensor.
— No te privas de nada, ¿eh? Los automóviles voladores están muy controlados y no los tiene cualquiera — dijo Smara.
— Es que yo no soy un cualquiera — dijo él, haciendo que el automóvil se desplazara suavemente por encima de la valla.
Momentos después, tocaban tierra de nuevo.
— Vamos — dijo Wellir, una vez se hubo apeado del vehículo.
El detector entró de nuevo en funcionamiento. Wellir observaba continuamente los movimientos del punto amarillo en la pantalla.
La señal giraba continuamente. De pronto, empezó a perder velocidad y se detuvo en un punto determinado de la pantalla.
El borde externo estaba dividido en numerosas partes, por medio de rayitas que significaban grados de arco. Wellir empezó a seguir la dirección que le marcaba el detector.'
La señal oscilaba a veces, pero bastaba orientar el aparato, para que Wellir pudiera continuar en la dirección correcta. Así, moviéndose con sigilo por los lugares más oscuros, llegaron a un punto donde la señal empezó a moverse alternativamente a derecha e izquierda, sin ofrecer trazas de pararse.

CAPITULO VIII

Wellir se desconcertó unos momentos. Estaban parados al pie de un cobertizo, sin especial significado, que tenía todo el aspecto de un gran almacén de materias primas. Smara observó la perplejidad de su acompañante y se sintió extrañada.
—¿Qué sucede, Hayo?
— La señal — dijo él, mostrándole el detector —. Oscila continuamente, aunque dentro de un sector muy reducido.
— Orienta el aparato en otro sentido — propuso ella. Wellir siguió el consejo de Smara. La señal pareció enloquecer y giró velozmente junto al borde de la pantalla.

— No, no debo mover el aparato de como lo tenía — murmuró —. Es la detección más aproximada, pero no entiendo por qué la señal oscila continuamente en un arco de unos veinte grados.
— La señal se inmoviliza cuando detecta el emisor de destellos, ¿no es así?
— En efecto, Smara.
— Pero hace unos momentos, cuando estábamos más alejados de este cobertizo, se quedó quieta. ¿Por qué se mueve ahora?
— Creo que ya lo sé — murmuró él —. Se debía a la distancia angular al objetivo...
Inclinó el aparato hacia arriba y la señal aumentó sus desplazamientos laterales.
— No es así, Hayo — dijo Smara.
— Bueno, lo inclinaré hacia abajo — manifestó Wellir. Poco a poco, bajó el aparato, hasta que, de pronto, la señal se inmovilizó.
— Ahora lo comprendo — sonrió él —. La multifotocopiadora está en un sótano de este cobertizo. Cuando estábamos lejos de aquí, la señal se paró, debido a lo que he dicho antes: a la distancia angular. Al acercarnos, el ángulo de emisión ha aumentado y por eso la señal ya no era tan precisa y se movía.
— Estupendo — dijo Smara —. ¿Qué vas a hacer ahora? — Entrar en el edificio, por supuesto. ¿Quieres sostener el detector un momento?
— Claro.
Smara observó que Wellir llevaba un ancho cinturón de cuero, del que descolgó algo parecido a una linterna no demasiado gruesa. Wellir acercó a la puerta, que era de metal, uno de los extremos del tubo y empezó a pasearlo muy cerca de su superficie.
El metal enrojeció casi instantáneamente. Nubes de vapor se elevaron allá donde tocaban los invisibles rayos despedidos por la linterna. Al final, Wellir practicó un orificio del tamaño suficiente para que los dos pudieran pasar sin dificultades.
El almacén era enorme y estaba lleno de fardos de papel apilado, que cubrían toda la superficie. No había sótano, sino que el suelo, en realidad, se hallaba a varios metros bajo el nivel del suelo exterior.
Wellir se quedó perplejo.
—¿Cómo puede ser esto? — murmuró.
Las pilas de papel, que, en realidad, componían una sola gigantesca, ocupaban casi todo el recinto interior, desde el techo a cinco o seis metros bajo el nivel de la entrada. Aquel gigantesco bloque de color blanco no medía menos de doce metros de altura, por veinte de anchura y cuarenta o más de longitud.
— Comprueba el detector — dijo Wellir.
— La señal continúa inmóvil cuando se inclina el aparato — contestó Smara.

Una ligera sonrisa apareció en los labios de Wellir.
— Ya no hay duda — dijo —. La imprenta clandestina está en el interior de esta masa de papel.
Smara se quedó sin aliento.
—¿Es posible?
— Como lo oyes. ¿Qué mejor escondite que este inmenso amontonamiento de balas de papel, ya preparado para la impresión? En el interior de este bloque se ha dejado un extenso hueco y bajo él han montado los invasores su fábrica de mentiras.
— Pero necesitarán respiraderos...
— Eso no es difícil de conseguir. Más difícil resulta hallar la entrada.
— No veo cómo lo vamos a conseguir — dijo ella.
— Espera un momento.
Wellir hizo un recorrido rápido por el interior del almacén, contorneando la masa de papel. Regresó junto a Smara y dijo:
— No hay otra salida que la que cubrimos nosotros. Por tanto, cuando escapen, estaremos aguardándolos aquí.
—¿Qué vas a hacer? — preguntó la joven.
— Pegar fuego al papel — declaró Wellir resueltamente. Alargó la mano y lanzó una descarga térmica contra la bala de papel que tenía más cerca.

* * *

El papel empezó a humear de inmediato. Wellir corrió por todas partes, lanzando descargas térmicas, que propagaron los focos de incendio.
Luego volvió junto a Smara y apagó las luces del cobertizo.
— Ahora sólo falta esperar — dijo, mientras tiraba de ella hacia el exterior.
—¿Tardarán mucho en salir?
— No creo. Lo más probable es que tengan detectores de temperatura en el interior. No olvides que trabajan dentro de una masa de fácil combustibilidad. A veces, incluso se produce la combustión espontánea y deben estar prevenidos, ¿comprendes?
Smara asintió. Las nubes de humo se hacían cada vez más densas.
De pronto se oyó un grito:
—¡Maldición! ¿Quién ha sido el estúpido que...? — Vamos, date prisa. Larguémonos de aquí antes de que sea demasiado tarde.
Dos hombres salieron por la puerta. Wellir les cerró el paso.
— Será mejor que se queden quietos — dijo. Los individuos le miraron, extrañados.
— Ha sido usted — acusó uno de ellos.
— Sí. Soy Wellir, tercer secretario del CIDI.

El hombre metió la mano dentro de su blusa. Wellir le disparó una descarga térmica, que lo fulminó instantáneamente.
—¿Quiere usted seguir su suerte? — preguntó al otro.
— No, rayos — mascculló el prisionero.
— En ese caso, camine delante de mí con las manos en alto y recuerde mi proyector térmico.
— Sí, señor — suspiró el individuo.
Mientras caminaban, Wellir hizo algunas preguntas: —¿Nombre?
— González, El¡ González.
— Terrestre, claro.
González se encogió de hombros.
— Con este apellido...
— dijo con sorna —. Pero que conste que estoy en Tsarapis Alfa con toda legalidad. Tengo los papeles en regla.
— Veremos — — contestó Wellir. Llegaron al coche.
— Smara, ¿quieres guiar? — preguntó Wellir.
— Desde luego, Hayo.
Momentos después, el vehículo se elevaba lentamente para franquear la cerca metálica. A lo lejos, el almacén era una masa de llamas, que despedía un humo espesísimo.
Ya se oían las primeras sirenas de alarma. Smara orientó el automóvil hacia la magnetopista, mientras reanudaba la conversación con el prisionero.
— De modo que está legalmente en el planeta.
— Sí — insistió el prisionero.
— Pero realizaba una labor delictiva.
— No podrán juzgarme más que por el delito de impresión clandestina y de calumnias — dijo tranquilamente —. Unos meses de cárcel...
— Y la expulsión del planeta, ¿verdad?
— No pueden hacer otra cosa conmigo, Wellir.
— Salvo acusarle de complicidad en unos cuantos asesinatos cometidos en unos miembros del Gobierno de Tsarapis Alfa.
González se revolvió en el asiento.
—¡Yo no he tenido nada que ver con ese cochino asunto! — protestó con vehemencia.
— Temo que el fiscal no quiera verlo así — dijo Wellir indiferentemente —. A fin de cuentas, es un terrestre y colaboraba en la invasión. De un modo técnico, se le puede considerar cómplice del asesino. Todos los terrestres que cooperan en la invasión son cómplices de quienes realizan acciones directas para consumarla, el asesinato, entre otras.
— Rayos — masculló González, muy preocupado.
— Pero el fiscal podría ser benevolente si usted me dijera el nombre del comandante en jefe de las fuerzas terrestres de invasión.

González le miró con los ojos entrecerrados.
—¿Cuál es el trato, Wellir?
— La primera acusación, solamente. Unos meses de cárcel y expulsión de Tsarapis Alfa.
— Está bien. Le diré lo único que sé. El nombre del jefe, mejor dicho, el nombre en clave, porque ni siquiera lo conozco.
—¿Lo conocía su compañero?
— No, tampoco, a pesar de que se comunicaba con él por radio. Creo que nadie, o casi nadie, conoce al jefe.
— Muy bien, adelante con el nombre en clave.
— Egghead.
—¡Egghead! — repitió Smara, sorprendida —. Es el mismo nombre que pronunció...
Wellir levantó una mano.
— Silencio, guapa — cortó —. ¿Tiene algún significado específico ese nombre?
— Cabeza de Huevo — contestó Smara.
— Vaya — resopló Wellir.
— He estado bastantes veces en la Tierra — explicó ella —. Cabeza de Huevo puede referirse lo mismo a un tipo completamente calvo como a un intelectual. Como los intelectuales piensan mucho, allí se dice que quedan calvos de tantos pensar y de ahí el apodo.
Wellir se quedó muy pensativo.
La declaración de Smara acababa de sumirle en una gran perplejidad. Era obvio que el comandante en jefe de las fuerzas de invasión tenía que ocupar un puesto de importancia, que le permitiese maniobrar sin dificultades.
Wellir sospechó inmediatamente de su propio ,jefe, calvo como una bola de millar. La Jefatura del CIDI, ¿no era el mejor sitio para dirigir la invasión del planeta?

* * *

— Egghead comunica que la imprenta clandestina ha sido descubierta y destruida — dijo Ormez.
Hi-Han soltó un grueso taco en su idioma nativo.
—¿Es que no supo prever lo que iba a ocurrir? — masculló.
— Sí, pero no pudo avisarles. A fin de eliminar riesgos, estaba desconectado de ellos por radio y por videófono mientras trabajaban. Brook ha muerto. González ha sido apresado — añadió Ormez.
— Le harán hablar — dijo Hi-Han.
— No podrá decir mucho. Su misión era exclusivamente la de imprimir. Además, estaba legalmente en Tsarapis Alfa, de modo que la pena será mínima. González callará.

Hi-Han se sintió mucho más tranquilo.
—¿Otras novedades? — preguntó.
— Turc pide un nuevo fusil extratemporal. Perdió el que tenía y no quiere seguir adelante con armas ordinarias.
— Bien, que se lo envíen, pero que le descuenten doscientos mil del precio de su trabajo.
— Protestará, mi general.
— Yo recibiré sus protestas en persona y le contestaré moliéndole a patadas — bramó cl mongol —. Pero, ¿qué clase de asesino es ese que pierde su arma? Envíesela inmediatamente y anúnciele las coordenadas de recepción para que vaya a recogerla.
— Bien, señor.
— Y dígale a Egghead que active el asunto o tendré que ir yo en persona a hacerme cargo de la invasión — declaró Hi-Han malhumoradamente.
— Sí, señor.
Ormez se retiró. Hi-Han agarró un lápiz y lo partió en dos, lleno de furia por los continuos tropiezos que estaba sufriendo.
Pero, ¿es que no iban a terminar nunca la conquista de Tsarapis Alfa?

CAPITULO IX

— La imprenta clandestina ha sido destruida, jefe — informó Wellir.
—¡Buen trabajo! — elogió MacTyr.
— Arresté a uno de los dos impresores. El otro murió.
— Bien hecho — aprobó el jefe.
— Pero el asesino continúa en libertad.
— Lo siento, Hayo. Hasta ahora, nuestros agentes no han conseguido dar con él.
Wellir contempló el pelado cráneo de su jefe.
«Tú le habrás avisado de que andaban tras sus huellas y se habrá cambiado de aspecto», acusó mentalmente.
— Bueno, que continúen la búsqueda — dijo con indiferencia —. Otra cosa, jefe.
—¿Sí, Hayo?
— El prisionero me dijo el nombre clave del jefe de los invasores.
— Es una buena noticia — exclamó MacTyr alegremente.
— Sí, señor, pero desconocemos su identidad en absoluto. No obstante, sé quién acaso le conozca en persona.
— Hombre, eso es muy interesante. ¿Qué piensa hacer usted al respecto, Hayo?
— El individuo se llama Bórez. Voy a tenderle una trampa esta misma noche.
— Conforme, Hayo. Venga a verme mañana con el resultado de su actuación.

— Así lo haré, señor.
Wellir regresó a su despacho. Deliberadamente, no había querido ser más explícito. Si MacTyr era el jefe de los invasores, no dejaría de conocer a Bórez y le pondría en guardia contra la trampa.
— Bien, veremos a ver cuál de los dos es el ganador — masculló.
La sargento Mögr llamó en aquel momento.
— Señor, tenemos informes de que los invasores van a hacer un envío por «transpositor» — dijo.
—¿Conocen las coordenadas?
— Sí, señor.
— Muy bien, Arvilia. Usted y Ben-Tsii se situarán en las inmediaciones del lugar de recepción. Actúen de la misma forma que la vez anterior. Yo no podré ir con ustedes.
— Entendido, señor.
— Informe mañana del resultado, Arvilia.
— Sí, señor.
Wellir cerró el contacto. Meditó durante unos momentos y luego, alargando una mano, tecleó una cifra de llamada en el videófono.
La pantalla se iluminó, mostrando la mitad inferior de una enorme bañera, llena de espuma.
—¿Quién es? — preguntó Smara. Wellir sonrió.
— Hasta en el baño recibes las llamadas — dijo.
—¿Por qué no? — contestó ella sin inmutarse —. ¿Acaso crees que puedes ver algo atractivo?
El objetivo de la cámara giró para captar el rostro de la joven, que emergía de una nube de blanquísimas espumas. Smara sonrió maliciosamente.
—¿Y bien, Hayo? Wellir sonrió también.
— Estás encantadora — dijo —. Has estado en la Tierra muchas veces, creo.
— Sí. ¿Por qué me lo preguntas?
— Allí, en muchas partes, existe la costumbre de tomar el té de las cinco de la tarde. Invítame a tomar el té en tu casa.
— Creí que ibas a pedirme que te invitase a cenar. Me hubiera gustado mucho más.
— Eres un agente del CIDI y yo tu jefe inmediato. Obedece la orden de tu jefe.
Smara sacó un brazo de mórbidos contornos y se los llevó a la sien.
— A la orden — contestó.

* * *

— Se trata de que vuelvas a ser Luenna — dijo él, después de tomar unos sorbos de la infusión contenida en su taza.

Ella le dirigió una mirada escrutadora.
—¿He de narcotizar otra vez a Bórez?
— No. Acepta su invitación. Te pedirá excusas por... haberse emborrachado. Perdónale... y deja que te lleve a su casa.
—¿Y después?
— Yo me encargaré del resto.
— Entiendo. Vas a preguntarle quién es Egghead.
— Justamente.
—¿Te contestará?
Wellir hizo un gesto de suficiencia.
— Deja que yo me encargue del interrogatorio — dijo.
— Muy bien. ¿Eso es todo?
— Sí, cariño.
— Me has llamado cariño — exclamó Smara, fingiendo maravillarse.
Wellir se puso en pie, rodeó su mesa, se inclinó y la besó en una mejilla.
— Cariño, cielo mío y todas las cosas dulces que quieras contestó alegremente.
—¡Hum! Empiezo a sospechar que te has enamorado de mí, Hayo.
— Careces de psicología, Smara. Me he enamorado de tu fortuna.
—¡Oh! — dijo ella, atónita.
Pero ya no pudo seguir hablando, porque Wellir salía • ya de la estancia.
Sin embargo, no tardó en sonreír. «Por lo menos, es sincero», se dijo.
Y luego empezó a pensar en cambiar su aspecto para transformarse de nuevo en Luenna, la kydariana.

* * *

La sargento Arvilia Mögr y su ayudante Ben-Tsii aguardaban en la oscuridad, no lejos de la rejilla de rechazo. El detector permanecía inactivo. Arvilia y su acompañante se habían armado de paciencia y no tenían prisa.
A un kilómetro de aquel lugar, un automóvil se paró silenciosamente. Lon Turc se apeó y caminó con sigilo hacia el punto donde el extremo receptor del «transpositor» iba a materializar el fusil extratemporal que necesitaba para continuar su siniestra labor.
Turc era hombre precavido. No en vano se ganaba la vida suprimiendo las de los demás.
A los pocos pasos se colocó unas gafas de vidrios especiales, que polarizaban la luz, haciendo converger todos los rayos luminosos en sus retinas. La oscuridad desapareció instantáneamente delante de sus ojos.
Trotó durante unos minutos. De pronto, divisó a dos personas

agazapadas detrás de unos arbustos.
Una dura sonrisa se formó en los labios de Turc. Agentes del CIDI, pensó de inmediato.
Para estas cosas, tenía una pistola que actuaba completamente en la misma dimensión temporal. Era un arma que actuaba por aire comprimido, silenciosa y eficaz.
Los proyectiles eran como flechas de acero, con un núcleo muy pesado cerca de la aguzada ojiva de la punta y cuatro aletas para guiarlos en vuelo. El alcance del arma, con puntería efectiva, era de cien metros.
Una minúscula batería accionaba el compresor de aire, no menos diminuto, situado en la culata. La capacidad de carga era de seis proyectiles, que podían ser disparados en otros tantos segundos.
Turc se arrodilló a cincuenta metros del objetivo. Dobló el brazo izquierdo, apoyó en el hueco el largo cañón del arma y tomó puntería.
El proyectil medía unos siete centímetros de largo por uno de diámetro. En la boca del cañón había una larga protuberancia, con pequeñas aletas, distribuidas estratégicamente, a fin de eliminar el ruido de la onda de aire comprimido a altas presiones al chocar contra la atmósfera exterior. La onda de choque se dispersaba y el arma actuaba así en un completo silencio.
La primera flecha perforó los huesos de la nuca de Arvilia. La cabeza de la joven osciló con violencia, unos instantes antes de desplomarse al suelo, con siete centímetros de acero en el cerebro.
Ben-Tsii se volvió, sorprendido. Otro proyectil llegó y le traspasó la garganta.
Cayó de espaldas, pataleando espasmódicamente. Sus movimientos, sin embargo, no duraron demasiado. Turc avanzó entre las sombras. Una infernal sonrisa se dibujó en sus labios al ver los dos cuerpos inertes tendidos sobre la hierba.
Inclinándose, abrió la tapa posterior del detector y arrancó las pilas. El aparato dejó de funcionar. Luego se acercó a la rejilla destructora y la contempló durante unos momentos. Sintióse tentado de destruirla, pero pensó que era un esfuerzo inútil; en cl CIDI había tiempo y medios suficientes para instalar otra con gran rapidez.
Le convenía esperar. Y así lo hizo.
Media hora después, se oyó un sordo zumbido, que aumentó en intensidad durante un cortísimo espacio de tiempo. Luego brilló un breve relámpago y el zumbido desapareció.
Turc volvió a sonreír. El fusil extratemporal pedido estaba sobre la rejilla.
Abrió la valija en que venía el arma. Dentro había un corto, pero sustancioso mensaje:

«Primer objetivo que debe suprimir es H. Wellir, tercer secretario del CIDI.»

Turc dejó ele sonreír.
— A veces piden cosas punto menos que imposibles de realizar — masculló disgustadamente.

* * *

Erna miró de reojo a Smara cuando la joven entró en la taberna. Smara decidió dejar las cosas bien sentadas de una vez.
— El otro día te di una buena — dijo desenvueltamente —. Cuando — yo esté con alguien, no me molestes o la próxima vez. te sacaré los ojos.
Erna se encogió de hombros despectivamente y luego le volvió la espalda. Smara se acercó al mostrador.
— Dame una copa de lo bueno — pidió a la barmaid.
— Que sean dos, Riksia — sonó una voz a su tacto. Smara no se movió.
— Hola, hombre flojo — saludó, sin volver la cabeza. Bórez sonrió.
— Me gustaría saber si me emborraché o me pusiste un narcótico en la copa — dijo con acento jovial.
— Tu bolsa te responderá mejor que yo, Lucas Bórez. ¿Te faltaba algo de dinero cuando despertaste? Sí, algunas de mis «colegas» recurren a esos trucos para «limpiar» a sus clientes, pero yo no soy de ésas. Me enfurecí, cuando vi que te habías quedado dormido, eso es todo.
— Dispénsame, Luenna, no he querido ofenderte.
— Ese vino terrestre es muy fuerte, Bórez.
— Quizá. Pero me gustaría tomar otra copa contigo, en el mismo sitio.
— Si me prometes no emborracharte de nuevo... Bórez alzó una mano.
— Prometido — contestó. Ella dulcificó su gesto.
— Entonces, no perdamos más tiempo — dijo.

CAPITULO X

Bórez encendió la luz de la estancia y dejó que Smara pasara delante de él. Cerró la puerta y se dirigió a la estantería, de la que descolgó dos copas. Vertió vino en ambas y se volvió hacia su hermosa acompañante.
—¿Qué prefieres para tomar? — consultó.
— Lo mismo que tú — sonrió Smara.
— Muy bien. Beberemos vino nuestro. Es más flojo que el terrestre, pero también muy bueno.

Entregó una copa a Smara y levantó la suya.
— Por una mujer hermosa, y para que se le pase el enfado — brindó.
— Se me ha pasado ya — contestó ella.
Smara tomó un sorbo. Luego caminó hacia cl diván y se sentó, con un fascinante despliegue de sus extremidades inferiores.
Bórez estaba en pie, frente a ella, con la sonrisa en los labios.
—¿Por qué me miras tanto? — preguntó Smara, extrañada —. ¿No vienes a sentarte conmigo?
— Estoy esperando — dijo él.
—¿A quién esperas?
Bórez alargó la mano y tomó la copa que ella aún sostenía en la suya. La levantó y contempló su contenido con expresión crítica.
— Sí, será suficiente — murmuró calculadoramente.
—¿Cómo? No entiendo — dijo Smara —. ¿Qué es lo que quieres decir, Bórez?
— Sencillamente, dentro de unos instantes estarás narcotizada y dirás cuanto yo quiera preguntarte.
Hubo un momento de silencio. Smara tenía los ojos desmesuradamente abiertos.
De pronto, intentó ponerse en pie. El narcótico la venció en aquel momento y se derrumbó sobre el diván. Bórez se inclinó sobre ella.
— Tú no eres quien aparentas — dijo —. Quiero conocer tu verdadera personalidad. Dímelo.
— Soy... la duquesa Smara Junz..., pero tampoco soy ella — contestó la joven.
El turno de la sorpresa llegó ahora para Bórez.
—¿Qué diablos estás diciendo? — exclamó malhumoradamente.
Smara se lo contó todo. Bórez sintió que los pelos se le ponían de punta.
—¡Maldición! — exclamó —. Esto tiene que saberlo el jefe cuanto antes. De lo contrario...
Giró sobre sus talones y se volvió hacia la puerta. Pero no pudo dar un paso.
Wellir estaba en el umbral, con un arma en la mano.
— No tenga tanta prisa, amigo Bórez — dijo fríamente.

* * *

Un profundo silencio gravitó sobre la estancia. Los dos hombres se contemplaron unos instantes, como evaluando las fuerzas respectivas.
—¿Qué le ha dado a Smara? — preguntó.
— Un narcótico — respondió Bórez.
— Y ha hablado, claro.
— Sí.

— Bueno, no importa. Usted no podrá repetir a nadie lo que ella le ha dicho.
Bórez sonrió. —¿Usted cree?
— Se lo garantizo — dijo Wellir —. ¿Quién es Egghead? —¿Cómo conoce ese nombre? — preguntó Bórez, sorprendido.
— Lo dijo usted mismo, hace algunas noches, cuando estaba narcotizado.
— Ya me parecía a mí — murmuró el terrestre —. Ella lo negó.
— Era lógico — dijo Wellir —. Vamos, conteste, ¿quién es Egghead?
—¿Por qué no lo busca usted mismo? — sonrió Bórez.
— Usted me lo dirá, aunque no quiera. Por supuesto, tampoco podrá repetir a nadie lo que ella le haya podido decir.
— Lástima. Dijo cosas muy interesantes, sobre todo, las referentes a su verdadera personalidad.
— Sí, me lo imagino. Bórez, retírese unos pasos. Voy a reanimarla. Después se vendrá con nosotros. Cuente con un interrogatorio a fondo.
— Es posible que consiga interrogarme, pero dudo mucho de que logre despertar a la chica.
Wellir arqueó las cejas.
— He venido prevenido para cualquier eventualidad — declaró.
— Menos para una droga que durante quince minutos es un potente narcótico que libera las inhibiciones del paciente. Después, se convierte en un veneno mortal — dijo Bórez fríamente.
Wellir sintió que se le contraía el estómago.
— Bórez, no estará hablando en serio — contestó.
— Este asunto no es cuestión de broma — dijo el terrestre, sin perder la calma.
El tsarapiano volvió los ojos un instante. Smara yacía sobre el diván, espantosamente pálida y sin el menor movimiento de su pecho.
De súbito, percibió un movimiento con. el rabillo del ojo. Bórez se le echaba encima.
Apretó el gatillo casi instintivamente. Bórez acusó el golpe y se tambaleó, pero no llegó a caerse.
—¿Qué diablos...? — jadeó, llevándose ambas manos al pecho.
— Un proyectil coagulante — explicó Wellir sin piedad —. Dentro de dos minutos, su sangre será una masa sólida.
Bórez se arrodilló. Sus movimientos eran muy torpes. Pero sonreía.
— Si usted... supiera...
— dijo, pronunciando las palabras con evidente dificultad.
—¿Qué es lo que debo saber? — preguntó Wellir. Bórez se inclinó y rodó al suelo.
Sus ojos se vidriaban rápidamente.
— Ella... no es... Sm...

Calló de repente. Wellir se inclinó sobre él y lo zarandeó brutalmente.
—¡Hable! — gritó —. ¡Siga, maldita sea!
Pero Bórez ya no podía hablar. La coagulación de la sangre avanzaba a un ritmo velocísimo. El corazón se le paró de pronto, incapaz de bombear una masa que de líquida pasaba a sólida con espantosa rapidez.
Unos segundo s más tarde, Wellir se incorporó. ¿Por qué se movía Smara, si estaba muerta?
Tardó unos instantes en darse cuenta que no había tales movimientos, sino que ello se debía a que su vista se había enturbiado. Por las lágrimas.

* * *

El general Hi-Han tocó un timbre. Una secretaria acudió a los pocos momentos.
— María — dijo —, traiga su grabadora. Quiero dictarle un mensaje reservado.
— Sí, señor.
La secretaria salió para volver a los pocos instantes. Situó el aparato en la mesa, junto al general, dio el contacto y le presentó el micrófono.
El general habló durante algunos minutos. De pronto, lanzó una maldición.
— Borre esa palabrota, María — masculló —. Se me ha olvidado un dato y tengo que consultarlo en el archivo.
— Sí, señor.
Hi-Han sacó una llavecita del bolsillo y se dirigió a una puerta situada a su derecha. Los negros ojos de María siguieron el menor de sus movimientos.
El general desapareció en la habitación a la cual él sólo tenía acceso, o bien algunas personas de su estricta confianza, pero acompañadas de él mismo. Estuvo unos momentos dentro del archivo y no tardó en volver a salir.
Cerró la puerta. Cuando volvía junto a la mesa, María lanzó un gemido y se desplomó redonda al suelo.
—¡Rayos! — exclamó. Dejó la llave sobre la mesa y corrió en auxilio de la secretaria —. ¡María, despierte! — dijo, dándole unas suaves palmaditas en las mejillas —. Despierte, mujer...
La joven abrió los ojos casi en seguida. Estaba intensamente pálida.
— No se mueva — dijo Hi-Han —. Le traeré un poco de coñac.
Ella esperó, todavía tendida en el suelo, aunque apoyada sobre un codo. Hi-Han vino con el coñac. María tomó un par de sorbos y los colores retornaron lentamente a sus mejillas.
— Le ruego me dispense, señor. Nunca pude suponer que...

Hi-Han sonrió benevolentemente.
— No se preocupe — contestó —. Son cosas que pasan a veces, aunque... ¿Es usted casada?
María se ruborizó.
— No, señor — replicó —. No... no me sucede nada de lo que usted ha pensado. Soy un poco baja de presión, simplemente.
— Ah, eso lo explica todo.
— El general la ayudó a ponerse en pie —. Si no se siente bien, váyase a casa, María.
— No es necesario, señor; ya me he repuesto. Gracias por todo, señor. Si usted quiere, podemos continuar con el dictado.
— Puesto que se encuentra en condiciones, adelante. Minutos más tarde, Hi-Han daba por terminada la grabación. María salió contentísima del despacho. Oculto en la mano, llevaba un molde de la llave del archivo personal de Hi-Han. Era algo por lo que había estado luchando desde hacía mucho tiempo. El desmayo, nada fingido por otra parte, le había ayudado a conseguir sus propósitos.
María se sentía muy extrañada. Ella no era nada propensa a desmayos. La baja presión había sido sólo una mera excusa para disimular. Pero, de cuando en cuando, sentía fuertes dolores en el estómago y el corazón, dolores que habían sido la verdadera causa del desmayo. Por fortuna, el malestar disminuía con rapidez.
Tendría que averiguar por qué se había desmayado, pensó, aunque luego se puso a buscar un plan que le permitiese entrar en el archivo del general en el momento adecuado.

CAPITULO XI

— No sabe cuánto lo siento, Hayo — dijo MacTyr a la mañana siguiente.
— Me siento abrumado, señor — confesó el joven —. Creo... que había llegado a enamorarme de ella.
— Una verdadera lástima, en efecto. De todas formas, confío en obtener buenos resultados.
Wellir miró de hito en hito a su jefe. ¿Era Egghead el hombre que tenía frente a él?
Por ahora, no había podido comprobarlo, pero las sospechas persistían en su ánimo.
Bórez había acudido a la trampa. Si MacTyr fuese el jefe de los invasores, le habría advertido... ¿o había permitido que fuese a la trampa, sacrificando a uno de sus hombres a fin de continuar en el anónimo?
Tenía la cabeza a punto de estallar. Ya no sabía ni qué pensar.
—¿Por qué dice eso, señor? — preguntó.
— Ya es hora de que lo sepa, aunque sólo sea en parte, Hayo. Tengo

un agente infiltrado en el mismísimo cuartel general de la JIP.
Wellir se quedó boquiabierto.
—¿La Jefatura de Invasión Planetaria terrestre? — exclamó.
— Sí, exactamente — confirmó MacTyr —. Por ahora, sin embargo, permítame que me reserve el nombre. No obstante, debo señalarle que nos ha prestado muy valiosos servicios, informando de la llegada de agentes terrestres, vía «transpositor".
— Me deja usted confundido, señor.
— Era hora de que lo supiese — sonrió MacTyr —. Por él supimos que el asesino iba a recibir un fusil extratemporal...
El secretario entró en aquel momento con unos papeles en la mano.
— Malas noticias, señor — dijo.
—¿Qué sucede, Urmy? — preguntó MacTyr.
— La sargento Mógr y su ayudante Ben-Tsii han sido encontrados muertos, junto a la rejilla anuladora de la fuerza del «transpositor». El detector estaba abierto y sin pilas, lo que significa que el terrestre pudo recibir su envío sin dificultad.
MacTyr se sintió consternado. Wellir tuvo que sentarse en una silla.
— Pobre Arvilia — murmuró —. Era tan hermosa... El jefe se pasó una mano por la cara.
— Hay que dar caza a ese asesino, como si fuese una fiera rabiosa — dijo, conteniendo difícilmente la ira que sentía.
— Sobre todo, si se tiene en cuenta las órdenes que le han enviado — añadió Urmy.
—¿Qué órdenes? — preguntó Wellir. Urmy le miró fijamente.
— Usted es el objetivo primordial del asesino — contestó —. Podemos decirle, incluso, su nombre. Se llama Lon Turc y aquí está su espaciofotografía.
Wellir tomó la cartulina. El hombre que estaba retratado en ella le era conocido.
— Sí, es el mismo que intentó matarme — confirmó.
— Pondré a todos los hombres útiles tras sus huellas — decidió MacTyr.
— Pero que me lo reserven para mí, cuando lo localicen — pidió Wellir.
Urmy puso un sobre encima de la mesa.
— Una nota del Centro Clínico de Duplicación de Personas, señor — dijo —. Es reservada.
MacTyr rasgó el sobre y leyó atentamente su contenido.
— Conteste negativamente — dijo —. No la duplicaremos de nuevo... por ahora.
— Bien, señor.
—¿A quién tratan de duplicar? — preguntó Wellir, intrigado.
El jefe sonrió levemente.

— No se preocupe — contestó. Wellir hizo un gesto con la cabeza.
— Por nada del mundo consentiría en tener un duplicado mío correteando por ahí — dijo.
— A veces, resulta útil, Hayo.
— Sí, pero prefiero pensar con un solo cerebro y no con dos.
— Wellir se puso en pie —. Si no tiene nada más que decirme...
El jefe dudó un momento, pero se decidió muy pronto.
— Eso es todo, Hayo — contestó —. Siento lo de la duquesa Smara.
— El hombre que la envenenó está muerto — dijo el joven sombríamente —. Pero no es el culpable total, sino su jefe.
— El enigmático Egghead.
— Sí, justamente — contestó Wellir, con los ojos fijos en la reluciente calva de su jefe.

* * *

Sonó el videófono. El alto e impasible Dobán, cruzó la sala y se acercó al aparato.
Un hombre le contempló desde la pantalla.
— Perdón — dijo —. Soy Yart, del Banco Planetario Número Dos. Tengo aquí una factura por duplicación de personalidad, contra la cuenta de la duquesa Smara Junz. Como no tenemos aviso previo, desearía le consultase si hemos de abonar la factura o la devolvernos a su origen.
Dobán arqueó las cejas.
— Lo siento, la señora duquesa está ausente — contestó.
— En ese caso, devolveremos la factura al librador.
— Perdón un momento — dijo Dobán —. He oído hablar de duplicación de personalidad.
— Así es — confirmó Yart —. La entidad libradora es el Centro Clínico de Duplicación de Personas...
— Envíe la factura inmediatamente a casa de la señora duquesa — pidió Dobán —. Le será abonada sin más trámites.
— Podemos cargarla en cuenta...
— Envíela, repito — insistió el mayordomo.
— Bien, como usted guste, señor.
Dobán cerró el contacto. Sus cejas se arquearon, a la vez que murmuraba:
— Duplicación de personalidad. Hay mujeres capaces de todo.

* * *

La secretaria abrió la puerta del despacho y asomó la cabeza. Una sonrisa se formó en sus labios.

La estancia se hallaba vacía. Cruzó el umbral, cerró a sus espaldas y corrió hacia el archivo. Abrió la puerta y dio un paso en el interior.
Sentíase satisfecha. Lo que tanto había buscado, estaba por fin al alcance de su mano.
Empezó a leer los rótulos de los armarios clasificadores. De pronto, se detuvo ante uno con un rótulo revelador: TSARAPIS ALFA.
Tiró del cajón hacia sí. A primera vista, parecía vacío, pero había en su interior dos minúsculos carretes de película, que pasaron a su seno sin más pérdida de tiempo. La secretaria tenía la seguridad de que, en aquellos dos microfilmes, estaban los nombres de todos los agentes terrestres que la JIP había conseguido infiltrar en Tsarapis Alfa.
Empujó el cajón hacia adelante y se volvió. Creyó que se quedaba sin respiración.
Hi-Han y Ormez estaban delante de ella. El mongol sonreía extrañamente.
— Hola, Smara Junz — saludó. Ella fingió extrañeza.
—¿Smara? — repitió —. Nunca he oído ese nombre... Hi-Han tenía una mano en su espalda. Al sacarla, enseñó una fotografía.
— Ahora es usted morena y tiene lentillas de contacto oscuros sobre sus pupilas, pero ordinariamente, es rubia y de pupilas verdes. La nariz es algo más respingona que la que lleva ahora alterada, con un aditamento postizo. Son detalles que desfiguran completamente a una persona, pero volveremos a ver su rostro auténtico cuando el tratamiento oportuno haya concluido.
— General, usted no...
— Smara, jamás dejo a nadie la llave del archivo, salvo cuando, el otro día, fingió usted el desmayo. Durante unos instantes, la dejé olvidada sobre la mesa. Usted aprovechó para sacar un molde de la llave, por cuyo medio ha entrado en el archivo.
— El desmayo no tuvo nada de fingido, general — se defendió ella.
Hi-Han se encogió de hombros.
— Es un detalle sin importancia — contestó.
— Sigue usted equivocado, general. Yo entré aquí solamente por curiosidad...
Hi-Han la miró de soslayo.
— Estoy seguro de que, en el interior de ese hermoso escote, hay un par de microfilmes de vital importancia para nosotros — dijo —. Y lo vamos a comprobar inmediatamente.
El mongol y Ormez avanzaron un paso. Ella retrocedió y, de súbito, se llevó una mano a la boca.
—¡Maldición! — gritó Ormez —. ¡Se ha envenenado! Hi-Han juró a voz en cuello, al mismo tiempo que saltaba hacia Smara, cuyo rostro había tomado en pocos segundos un tinte verdoso. La joven trastabilló y, para no caer, hubo de apoyarse en uno de los archivadores. Los

dos hombres se precipitaron sobre ella. Smara parecía a punto de derrumbarse.
— Hay que llamar a un médico, rápido — gritó el general.
— Es inútil — contestó Ormez con pesimismo —. Estos venenos son de acción fulminante. Ni aunque hubiese estado el médico preparado y con los antídotos a mano, conseguiría ya evitar la muerte de esta mujer.
Hi-Han sostenía a Smara en brazos, furioso y desconcertado. De súbito, Smara abrió los ojos.
— Hola — sonrió.
—¡Ha sido un engaño! — aulló el mongol.
— Sí — admitió ella tranquilamente.
Los colores habían vuelto a su cara y sus piernas habían recobrado la firmeza habitual.
Hi-Han se enfureció.
— Esto le va a costar caro — gritó descompuestamente.
—¿Por qué? ¿Porque soy un agente de mi planeta? ¿Es que sólo los terrestres tienen derecho de espiar e invadir a los demás planetas?
— Mire, guapa, ahora no vamos a discutir problemas de ética. Lo que quiero son los microfilmes que ha tomado del archivo. Démelos por las buenas o los tomaré yo.
Smara continuaba sonriendo.
— Venga a por ellos, general — le desafió.
Hi-Han se quedó perplejo un instante. Luego avanzó hacia ella y puso la mano sobre la blusa.
— Un momento, general — — pidió Smara.
La joven levantó ambas manes, como si ella misma fuese a desabrocharse la blusa, pero, en lugar de hacerlo, cogió el meñique derecho de Hi-Han y luego, con un súbito gesto, se lo fracturó.
El alarido del mongol hizo temblar las paredes del archivo.

CAPITULO XII

Ormez estaba aturdido. Claro que, pensó, podía tratarse de un golpe de suerte.
Pero Smara no había concluido todavía. Antes de que Hi-Han se rehiciera de su sorpresa, lo agarró por un brazo y tiró de él con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo, adelantó una de sus piernas.
El resultado fue que el voluminoso individuo dio de bruces en el suelo. Hi-Han gritó de nuevo.
Empezó a levantarse. Una rodilla le golpeó despiadadamente en pleno rostro, aunque no cayó. Smara golpeó de nuevo y luego aplicó el canto de su mano derecha al cuello de su antagonista.
La cabeza del mongol osciló con violencia. Los ojos de Hi-Han se vidriaron y, tras unos segundos de vacilación, se desplomó

completamente sin sentido.
Ormez cobró miedo. Smara se volvió hacia él y son. rió.
— Ahora usted — dijo. El terrestre retrocedió.
— Pero, ¿cómo...? Nadie ha vencido jamás al genera¡ en una lucha cuerpo a cuerpo...
— Aquella píldora no era un veneno, sino un reforzante energético, que confiere accidentalmente, a la persona que ingiere la droga, las fuerzas de un elefante. Se me pasará muy pronto, pero no antes de que le sacuda a usted un buen golpe.
Ormez creía soñar. Jamás había oído nada semejante Tan aturdido estaba, que se olvidó de reaccionar Cuando quiso hacerlo, ya volaba por los aires, sintiendo en su cerebro un tremendo rugido. Luego chocó contra un armario y cayó al suelo, desvanecido.
Smara corrió hacia la puerta. Cerró por fuera con doble vuelta de llave, segura de que no sería molestada. Aunque los dos hombres despertasen, el archivo carecía de comunicación por interfono o cualquier otro medio.
Corrió hacia la mesa del general, escribió algo rápidamente, firmó por orden y acabó estampando un sello junto a la firma.
— Estos terrestres, siempre tan esclavos de la burocracia — murmuró despectivamente, a la vez que echaba a correr hacia la puerta del despacho.
Minutos después, se detenía ante una puerta situada al final de un largo corredor, situado en las entrañas del edificio. La puerta no tenía ningún rótulo.
Llamó. Un hombre de bata blanca apareció a los pocos segundos.
—¿Doctor Harmann? — dijo Smara —. Orden del general. Debo ser enviada inmediatamente a Tsarapis Alfa.,. Es muy urgente.
El científico tomó el papel que le tendía Smara.
— Esta no es la firma del general — objetó.
— Vea el sello y el número de registro de la orden de traslado. Y, me parece, el coronel Ormez también tiene facultades para enviar gente a Tsarapis Alfa, creo.
Los argumentos de Smara ablandaron al doctor Harmann.
— Está bien, señorita — accedió al cabo —. Entre. Antes de cinco minutos, estará usted en aquel planeta.
— Muy amable, doctor — agradeció ella, ocultando una sonrisa de satisfacción.

* * *

El alto y estirado mayordomo abrió la puerta de la casa y arqueó las cejas al reconocer a su visitante.
— Señor — saludó respetuosamente.

— Hola, Dobán — dijo Wellir —. He venido a pedirle un favor.
— El señor dirá — contestó el mayordomo.
— Deseo... bien, es una cosa estrictamente personal. Yo apreciaba muchísimo a la duquesa...
Dobán lanzó un hondo suspiro.
— Ha sido una lástima, señor, una verdadera lástima — se lamentó —. La señora duquesa podría tener sus... defectillos, como todo el mundo, indudablemente, pero era una bellísima persona, en todos los sentidos, señor.
— Sí, Dobán, estoy de acuerdo con usted. Ha sido una lástima y... Bien, lo que yo deseo es un recuerdo personal de ella. Una fotografía suya, si usted no tiene inconveniente.
El mayordomo se inclinó.
— Ninguno, señor, por supuesto — accedió —. Si tiene la bondad de aguardarme aquí... Perdón, señor; olvidé preguntarle si deseaba tomar algo.
— No, gracias, Dobán, no siento deseos de beber.
— Muy bien, señor.
El mayordomo se alejó y volvió a los pocos minutos con una fotografía, situada dentro de un valioso marco.
— Era hermosísima — dijo Dobán, casi con lágrimas en los ojos.
— Sus padres estarán deshechos — dijo Wellir.
— Figúrese, señor. Aunque la señora duquesa vivía independientemente, a fin de cuentas, era su hija y... Wellir puso una mano sobre el hombro del atribulado mayordomo.
— Gracias por todo, Dobán — se despidió.
Wellir abandonó la residencia con el retrato bajo el brazo. Se preguntó a qué había obedecido su gesto. Quería tener un recuerdo de Smara, eso era todo, se dijo, mientras hacía arrancar el automóvil.
Una hora más tarde, una hermosa joven llamó a la puerta. Dobán acudió a abrir.
— Hola — dijo Smara desenvueltamente —. ¿Qué tal, Dobán?
El mayordomo se quedó atónito.
— Pero, señora...
— No me esperaba, ¿eh? — dijo ella, a la vez que cruzaba el umbral —. He tenido algo que hacer por ahí afuera y... Dobán, dígale a Shaidia que me prepare el baño.
— Sí, sí, señora duquesa...
Smara frunció el ceño.
— Dobán, ¿qué le pasa a usted? Parece como si hubiera visto un fantasma — exclamó.
Dobán carraspeó, a la vez que volvía a estirarse.
— Oh, le ruego me perdone, señora duquesa, pero... Bien, el caso es que algún bromista telefoneó la noticia de la muerte de la señora

duquesa...
—¡Que yo había muerto! — exclamó Smara —. Pero eso es absurdo...
La joven se interrumpió de súbito, profundamente preocupada por las palabras del mayordomo.
— Creo que ahora entiendo lo que pasa — dijo al cabo de unos instantes —. Bien, no se preocupe más, Dobán; yo arreglaré este asunto. Vamos, dígale a Shaidia que me prepare el baño.
— Sí, señora.
Smara fue a su dormitorio y se desabrochó la blusa. Todavía guardaba los microfilmes en el seno y, tras sacarlos del escondite, los dejó sobre una mesita.
Shaidia charlaba continuamente mientras se ocupaba del baño. Ella apenas si prestó atención a las palabras de la doncella, con la mente situada en las noticias que le había transmitido el mayordomo.
Cuando el baño estuvo listo, despidió a la doncella.
— Puede irse, Shaidia; ya me vestiré yo sola al terminar.
— Bien, señora.
Smara se metió en la bañera. Mientras el agua caliente y espumosa relajaba sus músculos, conectó el videófono con el número de llamada de Hayo Wellir.
Fue una llamada infructuosa. Wellir no estaba en su domicilio.

* * *

En aquellos momentos, Wellir estaba tras un frondoso bigote postizo, que le desfiguraba completamente, en unión de las gafas de gruesa montura que se había puesto, y junto al mostrador del bar del hotel donde se alojaba su presa.
Desde su observatorio, dominaba perfectamente el vestíbulo, con los ascensores y la escalera. Hacía rato ya que aguardaba pacientemente.
Sabía que Lon Turc estaba en su habitación. El asesino terrestre saldría aquella noche en busca de una nueva presa.
El sería la presa de Turc. Naturalmente, estaba dispuesto a evitarlo.
De pronto, vio al asesino.
Era idéntico a la fotografía. Además, y aunque en difíciles condiciones, lo había visto una vez.
La confusión era imposible. Wellir contempló a Turc mientras atravesaba calmosamente el vestíbulo, portador de una valija en su mano derecha.
Wellir abonó la consumición y salió detrás de Turc, justo a tiempo de verle subir a su automóvil. Wellir montó en el suyo y posó la mano derecha en la valija que tenía a su lado, sobre el asiento delantero.
La valija contenía el fusil extratemporal que él había capturado al

asesino. No había más que una manera posible de capturar a un hombre tan peligroso.
Siguió puntualmente al vehículo predecesor. Media hora más tarde, vio que Turc se detenía y salía de su automóvil.
Las gafas que llevaba puestas, en realidad, tenían cristales telescópicos, utilizables tanto de día como de noche. Wellir podía ver, por tanto, los menores movimientos del asesino.
Turc caminó un centenar de metros. Llegó junto a un árbol, dejó la valija en el suelo y se arrodilló para montar el fusil extratemporal.
Cuando hubo terminado de hacerlo, manejó los controles del peto que le permitía salirse de la dimensión normal. Una vez conseguido, tendió el fusil y apuntó a través de la mira temporal hacia la ventana iluminada, situada a doscientos metros de distancia.
Había un hombre sentado ante una mesa de despacho, leyendo unos papeles, al parecer. La cruceta de la mira se centró sobre el cráneo del individuo.
De súbito, antes de que pudiera apretar el gatillo, oyó una voz que sonaba a sus espaldas.
— Puede disparar, Turc, pero su bala sólo atravesará un cráneo de trapo y. virutas. El cráneo auténtico, el que usted desearía romper de veras, está detrás de usted.
El terrestre se puso rígido.
—¿Wellir? — dijo.
— Sí.
— Imagino que me está apuntando con un arma.
— Con la misma que le capturé días atrás, Turc. El asesino sonrió.
— No se atreverá a disparar, Wellir — dijo.
—¿Por qué no, Turc?
— Usted sabe lo que sucedería si lo hiciera. Yo moriría, es cierto, pero la bala, antes de llegar a mí, rompería la esfera de límites de tiempo. Se produciría una fractura brusca entre dos dimensiones temporales, con la consiguiente onda de choque, lo que provocaría una tremenda explosión, capaz no sólo de matarle a usted, sino de arrasar todo en cien kilómetros a la redonda.
— Sí, el impacto produciría una indeseada liberación de varios billones de megavatios. No sería estrictamente una explosión tipo nuclear, sino más bien una gigantesca descarga eléctrica.
— Justamente. ¿Verdad que no disparará contra mí, Wellir?
El tsarapiano sonrió en la oscuridad.
— Turc, usted es un asesino profesional, que mata por dinero — dijo.
— Lo admito — contestó el terrestre tranquilamente.
— Sabe usar toda clase de armas, pero me temo que sus conocimientos sobre hiperfísica son menos que mediocres.
— No entiendo. ¿Qué quiere decir? — se sobresaltó Turc.

— Muy sencillo. Es difícil, casi imposible, localizar a una persona situada en una dimensión extratemporal, pero se puede hacer. Se puede ver, aunque con muchas dificultades, a esa persona que está en otra dimensión, pero lo que no se puede hacer de ninguna manera es hablar con ella.
—¿Eh? — dijo Turc, atónito.
— Sí. Los rayos visuales son algo inmaterial, pero no los confunda con los rayos luminosos, aunque los primeros necesiten de éstos. Ahora bien, las ondas sonoras se propagan por las vibraciones a través de un medio, sólido, líquido o, como en este caso, gaseoso. Es decir, la atmósfera.
— Creo que le voy entendiendo, Wellir.
— Lo celebro, Turc. Si yo estuviese fuera de su misma dimensión y le hablase, usted no me oiría, por impedirlo la esfera de energía, que aisla por completo el sector de atmósfera en el cual se encuentra usted con respecto a mí. Pero si yo estoy también en la misma dimensión extratemporal, ya no hay esferas de energía entre ambos y, por tanto, los sonidos de mis palabras, se propagan perfectamente.
Turc lanzó un rugido de rabia. Impasible, Wellir continuó:
— Esas esferas de energías son además, algo relativo. Sólo existen con respecto a otras personas que se encuentren en una dimensión normal. Ahora, para usted y para mí, la dimensión en que nos hallamos es completamente normal. ¿Lo comprende ahora?
Hubo un momento de silencio. De pronto, Turc empezó a volverse.
Wellir apretó el gatillo una vez. Disparó de nuevo. Envió un tercer proyectil. Y un cuarto.
Turc cayó muerto a sus pies. Se agitó un poco y quedó inmóvil.
Wellir lo contempló con frialdad.
— Tendré que hacer algo — murmuró, mientras se inclinaba hacia el caído, para devolverlo a su dimensión normal.

CAPITULO XIII

El general Hi-Han parecía haber recobrado la calma. No obstante, hervía de furia por dentro.
— Hay que enviar un mensaje urgente a Egghead — dijo.
— Sí, señor — contestó Ormez.
— Smara ha conseguido escapar. A estas horas, se encuentra ya de vuelta en Tsarapis Alfa.
— Es lógico — murmuró el ayudante.
— Dígale a Egghead que la quite de en medio. Dígale también que posponga toda acción hasta que no haya conseguido este objetivo.
— Bien, señor.
— Y que actúe con la máxima urgencia.
— Así se lo diré, mi general.

Ormez salió de la habitación. Hi-Han quedó a solas, rumiando el rencor y la rabia que le habían producido la inesperada derrota.
Lo peor de todo, se dijo, era que Smara Junz había conseguido llevarse los valiosos microfilmes donde constaban todos los nombres de los agentes terrestres infiltrados en Tsarapis Alfa.
— Una labor de años, echada a perder en segundos — masculló.
Si los agentes eran descubiertos, y todo parecía indicarlo así, la invasión tendría que posponerse durante muchos años.
Tal vez se verían obligados a desistir definitivamente de ello. Y era una lástima, porque pocas veces los terrestres se habían encontrado con un planeta tan valioso como Tsarapis Alfa.
Ormez entró de pronto en el despacho. Parecía muy excitado.
—¡Buenas noticias, señor! — exclamó.
—¿Sí, Ben?
Ormez guiñó un ojo a su superior.
— Smara llegó a Tsarapis Alfa, es cierto, pero los microfilmes han sido recobrados.
Hi-Han se quedó con la boca abierta.
— Eso es una broma — dijo.
Ormez enseñó la copia del mensaje recibido unos momentos antes.
— Lea usted, señor — invitó.
El mongol paseó la vista por los renglones escritos. Una sonrisa de satisfacción se formó en sus labios.
— Bien — dijo —, puede que no se haya perdido todo. Puede que las cosas no hayan sufrido sino un pequeño retraso. ¡Pero Smara debe quedar fuera de circulación! — gritó furiosamente.
— Oh, en cuanto a ese asunto, Egghead se ocupará personalmente de él — dijo Ormez con displicente expresión.

* * *

— El caso Turc está cerrado, jefe — informó Wellir.
— Magnífico, Hayo. ¿Dónde está ese pájaro? — Muerto, señor. No hubo otra manera de liquidar el asunto.
— Comprendo. Bueno, él se lo buscó.
— Así pienso yo también, jefe. Pero se me ha ocurrido una idea.
—¿Sí? Ya me la dirá luego, Hayo. Ahora necesito que venga cuanto antes a mi despacho.
—¿A estas horas, jefe? — se extrañó Wellir.
— Inmediatamente — confirmó MacTyr. Wellir suspiró.
— Bien, si usted lo manda... Pero sigo creyendo que mi idea es buena.
— Nadie se lo discute, Hayo. Lo único que le pido es .que me la diga aquí. Vamos, no perdamos ya más tiempo. Además, tengo una

sorpresa para usted.
— Iré lo antes que pueda, señor. Wellir cortó el contacto.
—¿Qué tripa se le habrá roto? — masculló entre dientes, mientras se dirigía hacia su automóvil.
Al entrar en el coche, lanzó una mirada al bulto que yacía encogido sobre el asiento posterior, cubierto con una manta.
— Los que te pagaron, volverán a verte de nuevo... si pueden — murmuró, como si el muerto le escuchara. Arrancó a toda velocidad. Media hora más tarde, se apeaba ante el edificio donde CIDI tenía su sede.
La llamada de Mac-Tyr le preocupaba, sobre todo, por lo intempestivo de la hora.
—¿Y si quiere jugarme una mala pasada? — dudó, mientras entraba en el ascensor.
Estaría prevenido, por si acaso. No le costaría nada. Momentos después, entraba en el despacho de MacTyr. Dio dos pasos y se quedó inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos.
— Hola, Hayo — saludó Smara, radiante de belleza. Wellir se pasó una mano por los ojos.
— Ahora comprendo lo de la Clínica de Duplicación...
— murmuró.
— Siento haberle dado un pequeño disgusto, Hayo — se disculpó MacTyr —, pero no había otro remedio. Cuando trazamos el plan, acordamos mantenerlo en secreto absoluto entre ella y yo.
Wellir fijó los ojos en Smara.
— Así, pues, la que murió...
— Era sólo mi doble — contestó ella.
— Pero era una persona de carne y hueso. Sentía y pensaba... ¡y amaba! — protestó él.
— Hayo...
— empezó a decir MacTyr. El joven no le dejó seguir adelante.
— Duplicado o no, era una persona y dejaron que muriese — exclamó, terriblemente encolerizado —. ¿Saben qué calificativo tiene esa acción?
Smara se puso en pie.
— Hayo, deja que te explique, por favor — pidió.
— No tienes que explicarme nada, ni tampoco aceptaría tus explicaciones.
— Se volvió hacia MacTyr —. ¿Qué era lo que tenía que decirme, jefe?
MacTyr extendió las manos.
— Puesto que no parece que tenga muchas ganas de oírnos, ¿para qué seguir? — contestó.
— No, no hay nada que decir, salvo una cosa: Acabo de dimitir.

Smara se sobresaltó.
— Hayo, tú no puedes hacer eso — dijo.
—¿Que no? — Wellir rió agriamente —. Ya está hecho — añadió —. He dimitido. Ahora soy un ciudadano corriente, como otro cualquiera.
Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la salida. El portazo hizo retemblar las paredes.
Smara y MacTyr quedaron silenciosos durante unos momentos. Ella, muy pálida, se mordía los labios.
— Parece que se ha tomado la cosa muy a pecho, ¿eh, jefe? — dijo la joven, tratando de aparentar tranquilidad.
— Una reacción imprevisible, desde luego — calificó MacTyr filosóficamente —. Pero usted podría lograr algo todavía, Smara.
— No lo creo...
— Es mujer y él está despechado y furioso, pero sigue enamorado. Vaya y convénzalo. El CIDI no puede perder a un elemento tan valioso.
— Será perder el tiempo — alegó Smara descorazonadamente.
— Un día ocupará mi puesto y lo hará aún mejor que yo — declaró el jefe con acento sentencioso —. El CIDI se creó cuando empezamos a conocer los planes terrestres para conquistarnos. Es un organismo todavía nuevo, con mucha falta de experiencia. Ahora la estamos adquiriendo y él más que ninguno. Vaya y... y reconquístelo.
MacTyr sonrió y concluyó: — Es una orden, Smara. Ella trató de sonreír.
— Sí, señor.

* * *

Wellir llenó la segunda copa y se dispuso a vaciarla. En el mismo instante, llamaron a la puerta.
Haciendo un gesto de enojo, suspendió la tarea y cruzó la sala. Frunció el ceño al ver a Smara al otro lado del umbral.
— No tengo ganas de verte — dijo —. Lárgate. Smara entró en la casa.
— Lo quieras o no, tienes que escucharme — contestó —. Y si no quieres hacerlo de buen grado, te daré un mamporro y luego te ataré para que me oigas.
Wellir levantó los brazos al cielo.
— Al menos espero que el tormento sea breve — se resignó.
— Yo expondré mis puntos de vista. Luego, tú juzgarás. Cualquiera que sea la determinación que adoptes, la aceptaré sin protestar. ¿De acuerdo?
— De acuerdo. Habla.
— MacTyr me pidió hace tiempo que fuese a la Tierra, cuando el

problema de la invasión empezó a agudizarse — explicó Smara, mientras él llenaba su copa —. Es muy amigo de mi familia y acepté. Me atraía la novedad, ¿por qué negarlo?
— Claro — contestó él con sarcasmo —. Estabas aburrida de apalear millones y... bien, sigue, sigue, por favor.
Smara se acercó a Wellir y le arrebató la copa.
— Fui a la Tierra, pero no bajo mi apariencia habitual — continuó — —. Allí me llamaba María Jones. Con el tiempo, entré en la JIP. Logré llegar a secretaria personal del general Hi-Han, pero, claro, no podía saber todo lo que allí se cocinaba. Sin embargo, logré enviar mensajes muy valiosos.
— Eso se da por supuesto y no hay ni que discutirlo — atajó él —. Lo que me interesa es saber por qué te duplicaron.
— Lo sugirió MacTyr. Bueno, no es que yo sea presumida, pero era una celebridad. Convenía que se siguiera hablando de mí. Mientras me vieran en Tsarapis Alfa, no se les ocurriría pensar que María Jones era la duquesa Smara.
— Pero ellos no sabían...
— No, aunque era preciso cubrir todas las eventualidades. Fue una excelente precaución, tienes que reconocerlo.
— Hasta que te descubrieron.
— Hi-Han y su ayudante regresaron antes de tiempo — alegó Smara —. Entonces no me quedó otro remedio que regresar.
— Pero tu doble murió.
— Aguarda un poco, hombre. La idea de que mi doble actuase a tu lado fue mía. ¿Tú sabes cómo funciona la duplicación de personas?
Wellir hizo un gesto de indiferencia.
— No me importa mucho, a decir verdad — respondió.
— Cuando se fabrica un doble, las vivencias personales del «original» pasan a la «copia». Ella sabía tanto de mí como yo misma, pero, lo más importante de todo, podíamos comunicarnos telepáticamente, a fin de que ambas supiéramos lo que hacíamos en todo momento. Por supuesto, la comunicación se hacía a horas determinadas y nunca durante más de sesenta minutos. Es tiempo más que suficiente para que ambas supiéramos, al dedillo, lo que cada una había hecho durante las veinticuatro horas precedentes.
— Entiendo. ¿Qué más?
— Bien, mi doble murió envenenada. Yo me sentí morir en aquel momento, aunque ignoraba las causas. El estómago y el corazón me dolieron un rato. Imagino que era a consecuencia del veneno que había ingerido mi doble.
—¿No podías haber muerto también? Smara negó con la cabeza.
— No, aunque pasé un mal rato, lo confieso. Luego me lo expliqué al llegar...

— Sí, pero todo eso no aclara la muerte de tu doble. Era tan persona como tú y como yo, Smara.
Ella le miró fijamente.
— Hayo, ¿sabes qué se hace con un doble cuando ha dejado de tener utilidad? — preguntó.
— Lo... lo eliminan, supongo.
— Sí. En cierto modo, es una creación artificial, aunque todo su organismo y sus reacciones psíquicas y físicas sean las normales de la persona original. Y si el original muere, el doble vive con tanta perfección como si su nacimiento fuese... la consecuencia de la unión amorosa de dos personas de distinto sexo.
— Comprendo. ¿Qué más?
— El proceso de eliminación es sencillo e indoloro. El doble muere en un sueño placentero, sin sufrir en absoluto.
— Y eso es lo que le hubiera pasado a ella a tu vuelta, ¿no?
Smara volvió a mover la cabeza.
— No — contradijo —. Yo hubiera ido a la Clínica de Duplicación, a dormir para siempre, en lugar de ella. A fin de cuenta, yo habría seguido viviendo en ella... y amándote como ahora te amo, a pesar de que no nos hemos visto nunca hasta hace unos momentos. Ella hubiera vivido para ti y yo hubiera muerto.
Wellir se impresionó muchísimo al oír aquellas palabras.
—¿Hablas en serio? — preguntó. Smara sonrió.
—¿Qué me habría importado morir si hubiera seguido viviendo? ¿Comprendes la paradoja, Hayo?
— Sí, ahora lo entiendo perfectamente, Smara.
— Y todo lo que pasó entre ella y tú lo sé a la perfección, como si me hubiera ocurrido a mí.
— Smara sonrió —. Incluso sé que le dijiste que te casabas conmigo por el dinero.
—¡Vaya! — resopló él. Pero no pudo seguir adelante. Estaba sonando la campanilla del videófono.

CAPITULO XIV

Era MacTyr.
— Rayo, Smara está ahí, supongo — dijo.
— Sí, jefe — admitió Wellir.
— Por favor, quiero hablar con ella.
El tono de MacTyr era inusitadamente grave. Smara se acercó al aparato.
—¿Jefe?
— Muchacha, ¿está segura de que me trajo los microfilmes? — preguntó MacTyr.
— Absolutamente — contestó ella con acento lleno de énfasis.

— Me ha traído sólo los cartuchos, los «cassettes», para que lo entienda. Dentro no había un solo metro de película.
Hubo un momento de silencio. Smara estaba desconcertada.
—¡Pero eso es imposible! — exclamó al cabo —. En todo momento no me separé de ellos... y si hubieran estado vacíos, Hi-Han no hubiera querido matarme...
— Hi-Han pudo haberte tendido una trampa — alegó Wellir.
— No, no lo supo hasta el momento en que me sorprendió en el archivo — contradijo ella —. Los microfilmes tenían que estar en sus cartuchos de proyección...
— Pero ya no están. ¿No le habrán dado el cambiazo? — sugirió Mac Tvr.
—¿Dónde? ¡Eso no puede ser, jefe; le digo que no me he separado de ellos un solo instante!
— Un momento — intervino Wellir —. Quizá los dos tienen razón. El jefe dice que te han dado el cambiazo y tú aseguras que no los has soltado un solo instante. ¿Dónde los trajiste?
Ella se ruborizó ligeramente.
— En el escote — respondió —. Llegué a casa, y me fui directamente al baño...
— Pero no te bañaste con ellos, ¿verdad?
— No. ¡Oh, ahora recuerdo! — gritó Smara —. Los dejé en una mesita de mi dormitorio...
— Y alguien sacó las películas de su interior, mientras tú te bañabas. ¿Te imaginas quién pudo ser?
Smara guardó silencio.
— Si no fue alguien conocido, ¿cómo pudo hacerlo en tan corto espacio de tiempo? — murmuró al cabo de unos instantes —. Bueno, estuve unos veinte minutos dentro de la bañera — añadió.
— Y no estás sola en casa. Ella le miró fijamente.
— Piense, Smara — pidió MacTyr, que lo estaba oyendo todo.
— No se me ocurre quién puede ser — confesó ella, muy afligida.
— Quizá se lo digo yo, duquesa — habló alguien inesperadamente.
Smara y Wellir se volvieron al mismo tiempo.
—¡Dobán! — gritó la joven.
El mayordomo sonrió.
— Realmente, mi verdadero nombre es Arthur Jenkins — contestó.

* * *

Wellir maniobró hábilmente para situarse ante el videófono, de modo que pudiera ocultarlo con el cuerpo, pero sin cortar la comunicación. Estaban en un apuro y el jefe debía saberlo.
Jenkins tenía en la mano una pistola de aire comprimido. El arma era

idéntica a la que había usado Turc contra Arvilia y Ben-Tsii.
— Un arma muy peligrosa — calificó Wellir, procurando mantener la serenidad.
— Silenciosa y efectiva — añadió el terrestre.
—¿Va a matarnos? — preguntó Smara.
— Sí. Voy a completar la labor que Turc y Bórez no pudieron realizar — contestó Jenkins.
Wellir hizo un gesto con la cabeza.
— Cuando le llamaba Jenkins, creí que le molestaba por ser apellido terrestre — dijo —. Ahora veo que se sobresaltaba, creyendo que conocíamos su verdadera identidad.
— No se puede tener nombre de mayordomo británico, en efecto — sonrió el terrestre —. Pero éste es un detalle sin importancia.
— El detalle estriba en los microfilmes que usted recobró — dijo Smara.
— Justamente. Y como imaginé que usted acabaría por descubrirlo, pensé que lo mejor sería acabar con dos pájaros de un tiro, como se dice en mi planeta.
— Un planeta gobernado por megalómanos, ávidos de poder — calificó la joven despectivamente.
— La Tierra es el centro natural del Universo — declaró Jenkins con infinito orgullo —. Todos los planetas tienen que ser gobernados por nosotros...
— Política expansionista — dijo Wellir.
— Ahora ya se puede admitir. Tsarapis Alfa es un planeta muy rico y altamente civilizado, pero con un inconveniente: necesitan un gobierno justo y que sepa aprovechar al máximo las cualidades de Tsarapis y sus habitantes.
— Por supuesto, ese gobierno estaría compuesto de terrestres.
— En efecto. Y no es el primer planeta en que tal cosa sucede. Por eso ustedes serán invadidos, conquistados y dominados y, con el tiempo, se sentirán orgullosos de pertenecer al sistema político de la Tierra.
— Seremos sus esclavos, que es muy diferente — exclamó Smara con acaloramiento.
Jenkins se encogió de hombros.
— Tómelo como quiera — contestó —. Pero la conquista se consumará.
—¿Lo cree así, Jenkins? — preguntó Wellir.
— Estoy absolutamente seguro, y como los dos principales obstáculos son ustedes dos, voy a suprimirlos en el acto.
Bruscamente, Wellir se echó a un lado.
Jenkins disparó una vez, pero erró el tiro. Smara gritó, mientras el terrestre trataba de corregir la puntería.

En el mismo instante, un rayo de luz blanquísima, deslumbrante, brotó de la pantalla del videófono. Se oyó un leve chasquido y Jenkins, alcanzado de lleno, cayó fulminado.
—¡Smara! ¡Hago! — gritó MacTyr ansiosamente.
— Estamos bien, jefe — contestó él —. Lo ha oído todo, ¿verdad?
— Sí, muchacho. Cuando vi que te ponías delante del videófono y me tapabas la visión, comprendí que no querías que Jenkins supiera que el contacto estaba abierto.
— Es usted un hombre muy inteligente, jefe — sonrió Wellir.' — Pero, ¿con qué lo ha matado? — preguntó Smara, asombrada.
— Una descarga de luz sólida, transmitida a través de la corriente de electrones — explicó MacTyr —. Sin embargo, cuesta un poco conectar el aparato, cosa que debe hacerse con el videófono en funcionamiento, y Jenkins me habría visto sin duda, de no haberse interpuesto Hayo.
Smara lanzó un profundo suspiro de alivio.
— Nunca llegué a creer que Egghead fuese mi propio mayordomo — exclamó.
— Era el mejor puesto para pasar desapercibido — sonrió el jefe.
Wellir lanzó una exclamación.
—¡Egghead! — dijo.
Se inclinó sobre el caído y tiró de sus cabellos.

— Pues no lleva peluca — dijo, decepcionado.
— El nombre no era sino una contraseña — calculó MacTyr.
— A mí llegó a engañarme. Pensé que era usted. MacTyr se pasó la mano por su calva reluciente.
— Celebro que no se te ocurriese liarte a tiros conmigo — dijo.
Wellir se inclinó sobre el caído. Entre los ropajes encontró dos minúsculos rollos de película.
— Bueno, aquí están los microfilmes — dijo. Contempló uno de ellos al trasluz, entornando los párpados. Silbó con fuerza.
— Jefe, a juzgar por lo que estoy viendo, hay decenas de miles de terrestres infiltrados. ¿Cómo vamos a hacer para sacarlos a todos de sus madrigueras?
— Algo pensaremos, muchacho — — contestó MacTyr —. Vente para acá inmediatamente.
— Sí, jefe; y eso me recuerda una cosa; todavía tengo en el coche el cadáver de Turc.
— Tráete los dos cuerpos, Hayo.
— Sí, señor.
Wellir cerró la comunicación. Luego miró a Smara, con la sonrisa en los labios.
— Debí haberlo adivinado — dijo —. Cuando Bórez se moría, dijo que

ella, el doble, no eras tú, pero no pronunció bien las palabras y no le comprendí entonces.
— Indudablemente, él lo sabía.
— Se lo dijo Jenkins.
— Sí. Pagó la factura de la Clínica de Duplicación. Ello debió hacerle entrar en sospechas — contestó Smara.
— Bueno, no se hable más. Muchacha, abre la puerta. Smara volvió la cabeza para no ver a Wellir cargando con el cuerpo de Jenkins. Pero tuvo que soportar la compañía de los dos cadáveres en el coche, hasta llegar al CIDI.

* * *

—¡General! — llamó el doctor Harmann.
Hi-Han fijó los ojos en la pantalla del videófono.
—¿Qué sucede, doctor? — preguntó.
Harmann orientó el objetivo, de modo que pudiera captar la imagen del cuerpo que yacía en el centro de la rejilla del «transpositor».
—¡Es Jenkins! — aulló.
— Sí, señor — confirmó el científico —. Lo han enviado, muerto, desde Tsarapis Alfa.
Hi-Han se puso lívido.
— Eso significa... que conocen las claves de nuestras coordenadas de lanzamiento — dijo.
— Indudablemente, señor.
Ormez entró en aquel momento y vio lo que sucedía en la pantalla.
—¡Rayos, es Jenkins! — exclamó.
— General — siguió Harmann —, hay un mensaje sujeto a las ropas de Jenkins. Es un sobre...
— Léalo — bramó Hi-Han.
— Sí, señor.
Harmann arrancó el sobre, lo abrió y extrajo una cuartilla de su interior. Después de desdoblarla, leyó: — Jenkins precede a Turc en unos segundos tan sólo. Cuando llegue Turc, llevará sobre sí una potente bomba de tiempo, que estallará en cinco segundos después de su arribada. ¡Buen viaje!
Harmann lanzó un agudo chillido. En el mismo instante, se marterializó un segundo cuerpo junto al de Jenkins.
—¡Ya está ahí! — aulló.
Harmann y sus ayudantes trataron de escapar. Un vivísimo fogonazo se vio de repente en la pantalla.
El fogonazo llegó al despacho de Hi-Han. Ninguno de los dos hombres percibió el colosal estruendo de la explosión, que destruyó por completo los subterráneos donde estaba la Jefatura de Invasión

Planetaria.

* * *

— En la Tierra, en los sótanos de un edificio destinado a investigaciones científicas, se produjo ayer una espantosa explosión, que causó numerosos daños, además de la pérdida de gran cantidad de vidas humanas. Entre los muertos, figura el general Hi-Han, director de investigaciones; el coronel Ormez, ayudante; el doctor Harmann, director científico del centro...

—¡Cuántas palabras para enmascarar la realidad! — dijo Wellir, mientras se adelantaba para desconectar el televisor.

La imagen del locutor de noticias se borró en el acto.

— Murieron muchas personas — dijo Smara pensativamente.

— Todos los que estaban allí colaborando activamente en los planes de invasión del planeta — replicó Wellir —. De un modo u otro, todos eran cómplices de Jenkins, de Turc, de Bórez y de todos los que están todavía en Tsarapis Alfa.

— Pero hay cuarenta o cincuenta mil terrestres — alegó ella —. ¿Cómo van a actuar contra ellos?

— Eso ya es cosa del jefe, pero creo que tiene una buena idea.

—¿Sí, Hayo?

— Todos cuantos están aquí, conocían a Hi-Han. Ninguno es tan tonto que no sepa adivinar las verdaderas causas, de la explosión.

—¿Y se irán por sí mismos?

— Algunos, — puede que sí. Otros, los más, se presentarán voluntariamente.

Smará le miró extrañada.

—¿Voluntariamente? ¿Cómo puedes decir tal cosa? — preguntó.

— Verás, el jefe tiene en proyecto divulgar la noticia de que a todo invasor le fue incrustado en el cuerpo un minúsculo aparato de radio, que una onda determinada podía activar, en el momento en que se diese la orden de invasión.

— Pero eso no es cierto — exclamó Smara.

— Claro que no es verdad, pero, ¿lo saben ellos? Diremos que ese transmisor les fue incrustado cuando se encontraba en estado inconsciente. Se tiene que estar así para el momento del lanzamiento, a fin de evitar el choque psíquico que supone el viaje en pocos segundos a través de decenas de años luz.

— A mí no me sumieron en la inconsciencia para devolverme a Tsarapis Alfa.

— Porque tú tenías prisa, pero eso es lo que se hace con todos ordinariamente. ¿Y qué sabe una persona las manipulaciones que han realizado en su organismo cuando está sumido en la inconsciencia?

— Es verdad, Hayo.
— El jefe dirá también que se conoce la clave de la onda especial y que, merced a ello, se dará un plazo para las presentaciones voluntarias. Concluido el plazo, se disparará una radiodescarga eléctrica, que fulminará instantáneamente al invasor. No creo que resistan muchos al deseo de salvar el pellejo, máxime cuando se les prometa la simple expulsión, como único castigo.
— No está mal planeado — admitió Smara.
— Sí, es una buena idea. Y así, en la Tierra, sabrán lo caro que cuesta tratar de conquistar un planeta, cuyos habitantes se niegan a convertirse en esclavos de otros.
— Hay una forma mejor de conquistar un planeta, Hayo — dijo ella.
—¿Cuál, por favor? Smara sonrió.
— Mi madre vino aquí y conquistó a mi padre. Ella es terrestre... y hay muchos matrimonios mixtos en los dos planetas.
— Es cierto — convino él —. Es la mejor forma de conquistar un planeta, aunque se emplea mucho tiempo. Tal vez siglos.
— Pero ello evitará confrontaciones con derramamiento de sangre. Y entonces no habrá vencedores ni vencidos.
— Eso lo verán nuestros descendientes, Smara.
— Sí, Hayo.
— Ella se quedó pensativa unos instantes —. ¿Cómo pudo producirse una explosión tan potente cuando enviamos el cuerpo de Turc? — preguntó.
— La rejilla estaba en plena actividad — explicó él —. No sólo explotó la bomba, sino todos los mecanismos de lanzamiento.
— Entiendo.
— Smara sonrió de nuevo —. De modo que te casas conmigo por el dinero.
— Entre otras cosas, por supuesto.
—¿Que son...?
Wellir la abrazó.
— Eres una buena chica — contestó.
—¿Sólo por eso? Yo creí que ibas a decir que soy bonita, que te gusto mucho...
Wellir la estaba besando ya. Entonces, Smara comprendió cuáles eran las demás razones.
Luego preguntó:
—¿Seguirás tu trabajo en el CIDI?
— Ahora me tomaré unas largas vacaciones. Pero nunca podremos descuidarnos. Siempre será preciso estar vigilantes para rechazar cualquier tentativa de invasión, por parte de la Tierra o de otro planeta con ambiciones expansionistas. Será una labor sorda, callada, poco divulgada, pero necesaria.

Smara apoyó la cabeza en su hombro.
— Confío en que lo sucedido sirva de ejemplo a otros ambiciosos — dijo.
Wellir lanzó una mirada hacia las estrellas. En alguna parte había gentes dispuestas a lanzar una nueva invasión. Nunca faltaban los ambiciosos, se dijo.
Pero ellos estarían siempre alerta, vigilando constantemente, porque querían la paz en el Universo.

FIN